



ROBERTO RAMOS-PEREA

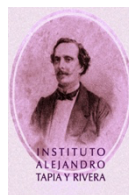
AQUA FUNESTA

Drama neo romántico en Tres Actos
en memoria de las viejas pandemias

ROBERTO RAMOS-PEREA

AQUA FUNESTA

*Tragedia neo-romántica en 3 actos.
En memoria de las viejas pandemias.*



Colección Dramática Nacional # 4

Ediciones Tapianas
San Juan de Puerto Rico

2022

AQUA FUNESTA

Tragedia neo-romántica en 3 actos.

En memoria de las viejas pandemias.

de ROBERTO RAMOS-PEREA

está completamente protegido bajo la Ley de Derechos de Autor, en Puerto Rico, Estados Unidos y países con relaciones recíprocas. Queda totalmente prohibida su reproducción por medios mecánicos, electrónicos, digitales, cibernéticos y/ o fotográficos. Los derechos de reproducción, representación profesional, aficionada, estudiantil o universitaria, cine, radio, televisión, vídeo privado, lectura pública, citas más allá de extensión razonable, así como adaptación y traducción a idiomas foráneos, son de absoluta propiedad de su autor y/o su sucesores directos o depositarios autorizados y están sujetos a regalías. Para información o petición de derechos debe dirigir correspondencia al Instituto Alejandro Tapia y Rivera. Correo electrónico: IATR.pr@gmail.com. O por escrito a Instituto Alejandro Tapia y Rivera POBOX 260968 San Juan, Puerto Rico 00926-2633. Ediciones Tapianas. Colección Dramática Nacional.

La presente edición limitada es un guión de producción.

El presente texto será publicado en la

Colección Dramática Nacional del IATR en el fascículo #4.

© Roberto Ramos-Perea. 2022

Derechos Reservados conforme a la ley, registrados en la Oficina de Copyright.

Biblioteca del Congreso. EU. Washington.DC.

Portada y diagramación: L. J. N. Bertrand. Dijon, France.

Será estrenada
por el INSTITUTO ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA
y su COMPAÑÍA NACIONAL DE TEATRO

AQUA FUNESTA
Tragedia neo-romántica en 3 actos.
En memoria de las viejas pandemias.
de **ROBERTO RAMOS-PEREÁ,**

REPARTO:

Mario - ISRAEL SOLLA
Nadal - NELSON ALVARADO
Don Gustavo- JESÚS AGUAD
Elena - MELISSA REYES
Felipe - LUIS JAVIER LÓPEZ
Madre - SONIA RODRÍGUEZ
Felisa - BASILIA ENCARNACIÓN
y la actuación especial de WILLIE DENTON
como Martín

Ficha Técnica:

LUCES - MAESTRO QUIQUE BENET
UTILERÍA, AMBIENTACIÓN - FLORENTINO RODRÍGUEZ
VESTUARIO - NELSON ALVARADO
MÚSICA ORIGINAL - HUGO SEBASTIÁN
Producción EJECUTIVA - JAIYSLINN GONZÁLEZ

Dirección General del
Prof. **ROBERTO RAMOS-PEREÁ**

AQUA FUNESTA

Tragedia neo-romántica en 3 actos.

En memoria de las viejas pandemias.

de ROBERTO RAMOS-PEREA



MEDITACIÓN

A Rocío, de su Aba...

En 1830, el genial dramaturgo romántico ruso Aleksandr Pushkin recordaba las viejas pandemias con un brindis.

El “Presidente”, personaje central de su breve drama *Festín durante la peste*, encerrado en la cuarentena con los amigos, entre risas, tragos y tabaco, levanta la copa y brinda por la muerte que se pasea por las calles.

Celebran, gritan, ríen.... sin un asomo de culpa. ¿Qué culpa tendría alguien de que un microbio miserable e invisible pueda acabar con toda la humanidad?

Sí, hay una culpa. Cuando el Sacerdote recuerda al Presidente que su Madre murió en la plaga, la culpa lo asesina. La culpa que llevamos por dentro por nuestra indolencia. Sobre todo, por no querer saber nada de la fragilidad de la vida, por haber ignorado el dolor ajeno o ser mudos a la tragedia, adormecidos por el goce de la individualidad.

Desde siempre, nuestro mundo ha sido acosado por “insectos invisibles” cuyo poder destructivo asombra a la misma ciencia. Recientemente vividas han sido el SIDA, el ébola, H1N1, las gripes de ciertos animales, y ahora el COVID19, familias todas del mismo poder aniquilador. La limitada ciencia solo ha podido adelantar pasos pequeños para tragedias tan grandes. Pero al menos camina.

Aquellos que han puesto su fe en que un dios de la nada acabará con todo mal, aún esperan el desengaño.

Esta más reciente plaga ha puesto precio a nuestra prepotencia. Es un precio vergonzoso. La fila de cadáveres es un miserioso calco de los grabados de los tiempos de la peste bubónica. Las precauciones que hemos tomado desafían la lógica, así como nuestras despreocupaciones que han causado ya más de un millón de muertos.

Presidentes y gobernantes, atemorizados por el daño a sus magras economías, mienten a sus pueblos devaluando los daños. La peste si bien es innegable, es ahora objeto de especulación, materia de opinión, porque siempre hay *otras* prioridades. Como si hubiera algo más prioritario

que la vida.

La muerte se enseñorea por hospitales y salas de intensivo y se mete por los respiradores estallando los ojos de asombro de tanta gente inocente que jamás esperó que un apretón de manos o un beso podían llevarlo a la tumba.

Así debió ser con la tuberculosis, el flú español, y tantas otras enfermedades ante las que el hombre cae indefenso.

¿De quién es la culpa? ¿De un dios o de la incapacidad del hombre que no acepta el desengaño de su prepotencia?

¿Pero por qué insistimos en culparnos por lo inevitable? Lo inevitable que es esencia de lo trágico. En nuestro afán de querer ser dueños de todo, también queremos ser dueños de la culpa. De lo que debimos hacer y por nuestra irresponsabilidad no hicimos.

Tal vez debimos lavarnos más las manos, usar la mascarilla, no salir tanto de la casa, no comer ciertas cosas, ni pegarse a ciertas gentes. Tal vez eso nos hubiera mantenido con vida un poco más de tiempo. Pero no nos quita la culpa.

Como el héroe de Pushkin, brindamos, reímos, no porque creamos que podemos liberarnos de la matanza, sino porque ya no podemos hacer nada para evitarla. Excepto... recordar aquellos a quienes fallamos.

Aqua Funesta no puede hacer nada para evitar que la gente muera, así que al arte también nos azota con su inutilidad. Pero la muerte no deja de ser bella y apacible, noble, y a veces hasta atractiva. Lo que no debemos, por respeto a la muerte misma, es ir a ella cargando con las culpas de la vida.

Las verdaderas plagas están en nuestro corazón. Es allí donde debemos vacunarnos, dar aire, limones y ajos para matar los bacilos.

Quedan muy pocos recuerdos de la plaga del cólera que azotó a Puerto Rico a mediados del siglo XIX, en 1856 para ser exactos. Hay pocos escritos de historiadores acuciosos, pero basta pasar la vista por los periódicos de la época para enterarnos de los terribles pormenores de una peste que por poco acaba con nuestra idiosincrasia. Las carencias de agua de las que se habla en *Aqua funesta* no alcanzarán jamás las carencias reales.

Los muertos trágicos -como la de la verdadera e inocente jovencita que fue Lolita Sabat- soñaban con una despedida poética. A su lecho de muertecita acudió el Maestro Alejandro Tapia y Rivera quién le recitó un pobre soneto que ella se vivió inmensamente alegre, entre vómitos y estertores.

La anciana Madre de Mario se despide de él añorando la sensual belleza de su amor de juventud.

La muerte noble llenaba el aire de paradojas: buscar un remedio o dejarlo todo en manos de un dios al que se le suplicaban luces para dar con un remedio.

Pero ¿había remedio? No lo sé. En la búsqueda del remedio, o al menos de la paz mortuoria,

¿por qué nos pusimos a robar, a mentir, a ofrecer falsas esperanzas, a hablar por ese dios, a culpar a todos menos a uno mismo? Jugamos a la política pequeña, a la corrupción ratera, a birlarse el dinero de las ayudas, a defenestrar las reputaciones de los que realmente querían trabajar por una cura simplemente porque lo que decían, no era bueno para el negocio.

Esa es la culpa nueva de esta nueva tragedia humana: nos han prometido que todo estará bien, justo cuando la guadaña ha tajeado nuestra yugular.

Por eso la muerte es noble, porque no engaña.

Y como el héroe de Pushkin, a veces es mejor celebrarla porque deja al descubierto todas las tenebrosas plagas de nuestra alma.

Y no hay quién escape de una trágica contradicción.

Roberto Ramos-Perea

Septiembre 2020,
año de la Pandemia.

Personajes:

Dr. **MARIO** Casanova, médico criollo, 34 años.

MARTÍN, negro libre, 60 años

La **MADRE**, 60 y tantos años.

Don **GAVINO** Sabat, mercader italiano, 68 años.

LOLITA Sabat, 22 años. Enferma de Cólera.

FELIPE, médico criollo, 32 años.

ELENA Echevarría, 33 años. Esposa de...

Augusto **NADAL**, hacendado devoto, 70 años.

FELISA, esclavizada negra, 24 años.

LUGAR:

En la ciudad murada de San Juan de Puerto Rico
y en el Hato del Piñal en las cercanías de Caguas.

TIEMPO:

Otoño de 1856.



AQUA FUNESTA

de Roberto Ramos-Perea

ACTO PRIMERO

I

El portentoso negro Martín, hombre ya en sus sesenta, sudando y jadeando, lleva dos cadáveres maltrechos y mal cubiertos en una carretilla vieja.

Mario Casanova, joven doctor criollo, de unos 30 años, alto, bien parecido, barba rala y algo desgarrado, lechuguino descuidado, romántico salvaje, de rostro mal inspirado, fumando de reposo, lo ve pasar desde el zaguán.

MARIO.— ¿Quiénes son?

MARTÍN.— No sé. Me pidieron que los recogiera y eso hago.

MARIO.— *(Los mira muy de lejos.)* Sí, sé quiénes son. Los atendí varias veces. Eran gente de bien. *(Bajito.)* Martín, por favor... cubre los senos de la señorita.

MARTÍN.— No quisiera tocarla, doctó.

MARIO.— Está bien. *(Se acerca a la camilla con algo de temor, y con su bastón, cubre los senos descubiertos del cadáver.)* Ya esta plaga es demasiado obscena para encima enseñar las pútridas carnes que dejamos.

MARTÍN.— Doctó, ¿tendría usted un poco de agua para este pobre negro que se ha pasao toda la semana cargando muertos a la común?

MARIO.— Apenas tengo un poco para mí y para mi madre, Martín. Perdona...

MARTÍN.— No encuentro agua. Y tengo sed. Mi hijo tiene mucha sed y no ha llovido en días.

MARIO.— Todos van al pozo.

MARTÍN.— No puedo acercarme, la Guardia no me deja. Ya usted sabe lo que dicen de nosotros.

MARIO.— Pues diles que yo te mandé a buscar agua para mi. Y de paso, si puedes, me traes un poco más. Cuando regreses, te lavas bien tus manos, y buscas los latones en el patio. Y no te toques la cara.

MARTÍN.— No me van a creer. Tó el mundo en San Juan ya sabe que yo no soy esclavo de su

familia.

MARIO.— Sí, te dejé libre y yo, tu antiguo amo, no te di una orden, simplemente te pedí un favor. Hay una gran diferencia.

MARTÍN.— Sí, es verdá. Gracias, doctó.

MARIO.— Y llévale agua a tu hijo.

MARTÍN.— *(En la carretilla.)* Yo no creo que sea castigo de Dios.

MARIO.— ¿Has visto tú algo peor que esto?

MARTÍN.— La esclavitú, doctó. Esa es peor que cualquier cosa.

MARIO.— Sí. Ciertamente. Anda, vete.

El potente negro se lleva la carretilla. Se ilumina la pequeña sala de la casa de Mario. Una famélica anciana sentada en una mecedora, teje con lentitud. Su pelo blanco recogido con alguna greña rebelde, encuadra ojos cálidos en una tez cadavérica.

MARIO.— ¿Tiene hambre? ¿Quiere que le sirva la sopa de viandas que le hice?

MADRE.— Ahora no. *(Pausa.)* ¿Quiénes iban en esa carretilla?

MARIO.— Era el usurero de la Calle Luna y su hija. *(Pausa.)* Ya hemos perdido la cuenta. Son demasiados. Y no quiero pensar en los otros pueblos.

MADRE.— Son los cordones sanitarios, no funcionan, te lo he dicho. La gente se la pasa buscando ron y comida de pueblo en pueblo y no respeta la cuarentena ni la distancia. Esos que vienen de afuera han traído la enfermedad aquí dentro. Esta es una ciudad de gente decente. ¿A dónde vamos a ir a parar?

MARIO.— No madre; nadie sabe a ciencia cierta cómo se transmite el cólera. Puede llegarnos por cualquier sitio. Por el aire, por manos que te toquen, por un estornudo, por el agua, hasta por un beso, quién sabe. Pero hay que contener el contagio de alguna manera y el cordón sanitario es lo único que nos protege.

MADRE.— Pero Mario, hijo... ¿Cómo contienes algo que no ves? *(Mario se encoge de hombros.)* ¿Tienes que volver al hospital?

MARIO.— Ya debería estar allí. Subí a atenderle, pero ya me voy.

MADRE.— No te preocupes tanto por mí. Si me toca, me toca. Y me quiero ir tranquila sabiendo que te crié bien y que fui muy buena mujer con tu padre.

MARIO.— Aunque él haya sido el peor de los canallas con usted.

MADRE.— No te permito que hables así de tu santo padre. *(Mario bufa.)*

MARIO.— No me interesa ese tema por más que usted trate de aliviarlo. Así que me hace el favor y deje de hablar de la muerte. Creo que debe recostarse y tomar su siesta. Son ya las dos, vamos.

MADRE.— Dame la mano.

MARIO.— No puedo darle la mano. He estado tocando enfermos toda la mañana. Ya se lo expliqué. Levántese usted solita, ahí tiene su bastón. Si tiene alguna necesidad, le grita a su prima Mercedes y ellos mandarán al niño José a buscarme al hospital. No les pida agua. Ellas

tampoco tienen mucha.

MADRE.— Lo sé, me lo repites todo el tiempo.

MARIO.— Tiene setenta y tantos; se le olvidan algunas cositas.

MADRE.— Ya, vete. Dame un beso.

MARIO.— Tampoco besos, mamá. Hasta un sencillo beso maternal podría matarnos a los dos.

MADRE.— Ni un beso puedo darle ya a mi hijo. ¡Qué barbaridad! Si me muero esta tarde, me habré ido sin un beso tuyo.

MARIO.— Ni siquiera deberíamos tocarnos, ni respirarnos cerca. ¡Y mire lo cerca que estoy de usted!

MADRE.— ¡Soy tu madre! Mi amor es inmune a esa cólera maldita.



MARIO.— (*Sacándola.*)

No, no es inmune ni yo tampoco; vamos, a la cama. Le dejaré la sopa de viandas en el fogón. Y no las deje destapadas. ¡No quiero ver una sola mosca en esta casa!

MADRE.— No debiste echar a nuestra negrita. Ella me cuidaba muy bien.

MARIO.— Mi padre la compró, era una esclava.

MADRE.— Ella no era una esclava, era una... sirvienta.

MARIO.— Es lo mismo, mamá. Y no la eché; la dejé libre y se fue con su novio.

MADRE.— Putica que era. (*Ríe.*) Cocinaba bien. Los negros cocinan muy bien. Tu

padre también la quería muchísimo.

MARIO.— Me imagino por qué.

MADRE.— ¡Mario!

MARIO.— Le di la libertad a ella y a Martín, porque soy médico; es una contradicción para mi tener esclavos. Si no lo era para mi padre, a mí sí la esclavitud me hace sentirme demasiado culpable. No puedo privar de libertad a un ser humano si pasé cuatro años de mi vida, a muchas millas de usted, estudiando para mantener sana y viva a cualquier persona, sin importar su color, ni su sexo, ni su edad, ni su oficio. Y no me gustan ni las culpas ni las contradicciones. Me recuerdan mucho a mi padre.

MADRE.— Tu padre estaba muy orgulloso de ti, de tu inteligencia, de tu...

MARIO.— Mi padre destrozó mi corazón la primera vez que la golpeó a usted y yo no pude defenderla, y luego asesinó mi honor y mi orgullo cuando... *(Se recompone.)* y si el suyo vive aún tan limpio como el de una Santa, es porque usted sabe perdonar, pero yo no. *(Ella va a hablar.)* Vamos, a la cama.

MADRE.— Algún día lo perdonarás.

MARIO.— No. Nunca.

MADRE.— *(Muy seria, profeta acaso.)* ¿Cuándo entenderás que en los tiempos que vivimos... no mandan nuestros deseos? Mandan las culpas. Y las culpas se heredan, hijo mío.

MARIO.— Yo repudio cualquier herencia de él.

MADRE.— ¿Qué sabes tú de qué cosas tu padre se sentía culpable?

MARIO.— Su culpa no excusa sus canalladas.

MADRE.— ¡La culpa de haber tenido que quedarse aquí!, y por culpa de estas malditas murallas, no poder moverse con el mundo...

MARIO.— ¿Es decir, que para no sentirse culpable de todo lo que nos hacía, hubiera sido mejor que se largara a España de donde vino? ¿Por qué no se largó de una vez? Era médico, podía haberse dado una buena vida con su ron y sus mujeres.

MADRE.— Lo mataba la culpa de habernos hecho tanto mal, sí. Por su culpa, por su culpa, por su grandísima culpa. Pero yo lo amaba.

MARIO.— Tenga en cuenta que por su amor yo doy mi vida, madre. Pero no le ponga a su amor un precio tan barato.

MADRE.— Pero ahora estamos sin amor. Todos, sobreviviendo como miseriosos sin una gota de amor.

MARIO.— No somos miseriosos mientras tengamos vida. Y la vida es más importante que el amor.

MADRE.— Yo tengo mis culpas también. Si yo hubiera sido más...

MARIO.— *(Conteniendo alguna rabia que grita más que él.)* Usted es una santa.

MADRE.— La culpa de ser quienes somos, solos, indefensos, pobres, menos que nada...

sobreviviendo en medio de una plaga que lo único que nos deja vivo es el deseo de amar de nuevo. Tú que te pasas todo el día entre cadáveres... ¿No tienes ansias de amar, miijo querido? ¿De vivir sin las culpas que te tocan por no poder evitar lo que sucede? Lolita y tú hubieran...

MARIO.— (*Impactado.*) Madre... ¡Soy médico! Lucho por la vida, no por el amor. (*La madre hace un gesto con la mano de querer acariciarlo, él se dejaría ir un poco, pero lo piensa y luego se retira.*) También le he dejado el zumo de limón tapado en la cocina. No vaya a virarlo. Si le tiembla mucho la mano, llame al niño José que le ayude. ¡Me dio muchísimo trabajo conseguirle ese poco! En esta sucia ciudad no hay limones por ninguna parte. Debe beberse unas onzas cada dos horas.

MADRE.— Esa condenada cosa amarga, que se la beba tu abuela paterna.

MARIO.— ¡Esa bruja se murió hace tiempo! (*Se escuchan cañonazos en la lejanía.*)

MADRE.— ¡Esa sí que era colérica! (*Inicia mutis, se detiene.*) ¿Queda algo de agua?

MARIO.— Sí, queda un poco. Le conseguiré más. Pero el pozo siempre está atestado.

MADRE.— Eso sí te lo agradecería mucho. Este calor, esta peste a cosa muerta... ¡Este asfixiante hedor a pólvora!

MARIO.— Si lo que está causando el cólera se está mifetizando en el aire, la pólvora quemada lo matará.

MADRE.— Idiotas, ¿cómo matan lo que no se ve?

MARIO.— No hable de lo que no sabe.

MADRE.— Ustedes los médicos tampoco saben nada de nada. Palos a ciegas, eso.

MARIO.— Algo sabemos. Y por favor deje las ventanas abiertas para que circule el aire.

MADRE.— ¡Tantas instrucciones, por Cristo! Soy tu madre, no tu paciente.

MARIO.— Una instrucción más.

MADRE.— Dígame, señor doctor.

MARIO.— Quiérame mucho. Porque yo a usted la adoro. (*La madre se conmueve y va a tocarlo, pero él da un paso atrás.*) Es por usted, mamá. No por mí. (*Ella se resigna.*) A dormir su siesta. Venga. (*La Madre sale.*)

II

MARIO.— (Se dispone a salir. Recoge su chaqueta, y su pequeño maletín de doctor. Se sirve un poco de agua en un vaso. Con un gesto de extrema preocupación dice a su madre que ya ha salido.)

¿Usted puso a filtrar esta agua?

(El agua no se ve limpia, la huele. Desiste de tomarla.)

Le traeré agua fresca cuando regrese. (Pausa.) Si está muy apurada no tome mucha, solo un poco. Martín me traerá más.

(Al salir se topa en la puerta con Don Gavino Sabat.

Hombre acaudalado, de baja estatura, adusto, grueso,

potente. Bastón y buena vestimenta adornan un rostro grave con una breve barba extremadamente cuidada y seria. Italiano acriollado, que no ha perdido su acento, ni la arrogancia europea.) Don Gavino. ¿A qué



debo el...

GAVINO.— ¿Puedo pasar?

MARIO.— (*No entiende, pero accede.*) Sí... pase. Estaba por salir al hospital. ¿En qué puedo servirle?

GAVINO.— No le tomaré mucho tiempo.

MARIO.— Usted nunca se toma mucho tiempo para nada.

GAVINO.— No discutiré asuntos superados. Somos caballeros y ...

MARIO.— Sí, somos caballeros. Pero no están superados.

GAVINO.— Bueno, usted nunca fue claro, y su historia...

MARIO.— ¡Yo jamás tuve mala inten...!

GAVINO.— Así lo determinó la familia.

MARIO.— Sí, uno de los hermanos me costó un moretón en un ojo que aún me duele cuando trato de mirar bien al mundo. Además de una innecesaria mancha en mi reputación que...

GAVINO.— Usted no tiene reputación.

MARIO.— Dígame qué quiere.

GAVINO.— ¿Usted la amaba?

MARIO.— Puse en ella todas mis esperanzas de hombre honesto. Le entregué mis más hermosos sueños, la pasión por mi trabajo. ¡Iba a pedirle su mano! Ya tenía hablada una casa. ¡Y usted me tiró la puerta en mis narices! (*Pausa.*) Don Gavino, apenas van meses de esto. Ya usted debe haber encontrado para Lolita alguien que le convenga más a usted, a su apellido y a su familia.

GAVINO.— No se ha enamorado ni está comprometida. No es lo mismo que me dijeron de usted.

MARIO.— Mi vida privada ya no tiene por qué importarle. Y me alegro de que Lolita siga soltera, para la tranquilidad suya y la de sus hermanos. Estoy seguro de que será una muy buena monjita de la caridad. Tengo que regresar al hospital.

GAVINO.— ¿En cuál hospital está usted?

MARIO.— En el Teatro. Apenas somos cuatro médicos allí para casi un centenar de enfermos. Si me permite...

GAVINO.— (*A sangre fría.*) Lolita tiene el cólera.

MARIO.— (*Impactado.*) ¡Lolita! No, no, ella no.

GAVINO.— Se ha sentido muy mal en las últimas horas. Tiene calambres y dice que la barriga le duele mucho.

MARIO.— ¿Ya tiene colerina?

GAVINO.— No lo sé. Pero no me gusta como luce; está muy pálida, su piel tiene... ese color... y no quiere comer.

MARIO.— Don Gavino... si Lolita ya tiene el cólera, no hay mucho que yo pueda hacer. (*Pausa.*) ¡Pobre Lolita! (*Se afecta mucho. Los recuerdos lo abaten.*) Oh, imaldita sea!

GAVINO.— Me dijeron que usted salvó a unos esclavos.

MARIO.— No los salvé, simplemente no estaban infectados y los saqué a tiempo del sucio

ambiente donde vivían.

GAVINO.— *(Lo toma del brazo en una súplica desgarradora.)* Sálveme a Lolita. Por lo más que quiera.

MARIO.— ¡No me toque! *(Gavino lo suelta.)* Ella fue lo más que yo quise, podría decirle que ella es lo que más quiero todavía... pero usted me la quitó.

GAVINO.— Vaya a verla. Le pagaré lo que me pida.

MARIO.— *(Melancólico.)* Le pedí que me dejara amarla. Eso era un simple ochavo al lado de toda su fortuna... fortuna que ahora ya no le sirve para nada.

GAVINO.— Ella me pidió que viniera por usted.

MARIO.— Oh... fue ella.

GAVINO.— Y me pidió además que usted le escribiese unos versos.

MARIO.— Le escribí muchísimos. Usted se los quemó todos, en su propia cara, con extrema crueldad, mientras ella se desgarraba en súplicas y en llanto.

GAVINO.— Entienda que yo...

MARIO.— ¿Que usted qué? ¿Qué ha sido un rico imbécil toda su vida? ¿Qué toda su fortuna como empresario de carnes a sobreprecio, ahora no puede salvar la triste carne de su propia hija que fallecerá, si mis cálculos son correctos, en unos dos o tres días de tremebunda agonía?

GAVINO.— Por favor...

MARIO.— ¿Ha visto morir a un enfermo de cólera? ¿Los ha visto en sus ataques de calambres, en su chillar quejumbroso? ¿Los ha visto cómo se les rompen sus dientes de tanto apretar y cómo se exprimen sus pobres pellejos en una defecación acuosa e infinita, en punzadas agudísimas de cólicos, esputos y vómitos verdosos? ¿Los ha visto? Su piel se vuelve azul. ¡Azul! Aquella piel tersa y rosada de su adorada hija, se volverá rugosa, pestilente, de un azul excrementoso cuyo hedor ni usted icon todo su amor! podrá soportar. ¿O es que desde su adornada mansión en la riquísima Calle Tetuán no ha mirado usted los barrios de los pobres y los negros, ni ha visto los congales de la calle Luna donde las putas se mueren vomitando en los cunetones? *(Don Gavino se incomoda.)* ¿No le parece una tenebrosa justicia poética?

GAVINO.— El cólera es castigo de Dios por los malditos negros y las putas. Ya lo dijo el Obispo.

MARIO.— Si supiera de dónde viene el cólera, créame que se lo diría. Nos han dicho los facultativos de Madrid que es un maldito insecto que es casi invisible. Pero no me extrañaría que viniera de corazones pervertidos como el suyo. *(Don Gavino le toma del brazo en ira. Él se suelta violento.)* ¡Dela por muerta! Si es que no la mató usted ya cuando la separó de mí.

GAVINO.— ¡Vaya a verla! Se lo suplico. Obedezca el último ruego de una pobre muerta. *(Mario desinfla su coraje.)* Me allano a su cruel sentencia. Está muerta. Sí. Pero ¡vaya a verla! Hay unos ojos vidriosos que me han mirado con un amor filial inmenso. “He tenido un sueño, Papá”, me dijo. “Me soñé ya acostada en mi sepulcro. Y entre mis manos amarradas a mi pecho, un sedoso papel con un dulce soneto que Mario escribió para mí. Quiero llevármelo en el corazón cuando

el Cristo de los humildes venga a sonreírme”.

MARIO.— (*Muy bajito.*) ¡Cállese!

GAVINO.— Lo he memorizado tal como lo dijo. ¿No le parece una deuda sagrada, una deuda con la piedad de Dios?

MARIO.— Yo no creo en Dios.

GAVINO.— Lo sé. Pero usted siempre creyó en Lolita. Suficiente razón para intentar salvarla.

MARIO.— Iré a verla, pero no podré salvarla.

GAVINO.— Sí, usted lo hará. Lo espero aquí afuera.

MARIO.— No. Vaya a su casa. Me tardaré unas horas. (*Don Gavino baja la cabeza y sale.*)

III

Al Gavino salir, hay una pausa dolorosa en la que Mario deja salir la congoja de un hombre que perdió irremediamente algo inmensamente valioso. Se recompone. Al salir, Martín, con la cara ensangrentada, llega jadeando ante él.

MARTÍN.— Doctó...

MARIO.— ¡Martín! Entra, ¿qué te pasó, hombre?

MARTÍN.— Fui al Pozo como usted me dijo.

MARIO.— Estás sangrando, tienes una contusión en...

MARTÍN.— Y entonces les dije que usted me mandaba por su agua y el Guardia, sin más preguntar, me dijo, “fuera de aquí sucio negro, eres tú el que ha traído esta desgracia”, y me golpeó con su fusil en la cabeza y luego otros negros me fueron a defender y entonces ellos soltaron unos plomazos y empezaron a darle sablazos a blancos y negros, y han cerrado el pozo hasta quién sabe. Que si querían agua que la gente se fuera al otro pozo de Puerta de Tierra, que usted sabe que no es muy bueno.

MARIO.— Con esos hijos de puta no hay razón que valga. Hay que curarte, pero no me atrevo a tocarle. Espera, aquí hay un paño... toma, pásatelo por la herida, deja ver cuán honda es.

MARTÍN.— Me duele, doctó, páselo usted si puede.

MARIO.— No puedo, te dije.

MARTÍN.— ¡Pero yo no estoy enfermo!

MARIO.— ¡Yo no lo sé!

MARTÍN.— ¡Le juro que no!

MARIO.— ¿Y si soy yo el que está enfermo, Martín? ¿Si tengo las miasmas en las manos o en mi ropa?

MARTÍN.— Pero usted es doctó...

MARIO.— Somos doctores, pero no inmortales. Hay que lavar esa herida, ipero apenas tenemos

agua!

MARTÍN.— *(Ve la garrafa.)* Ahí hay agua.

MARIO.— Es el agua de beber de mi madre. Esa no. *(Va al maletín. Saca un frasco.)* Es alcohol. Vas a ver a tus dioses africanos con esto. *(Moja el paño.)* Vamos, pásalo por tu frente. *(Martín lo hace con algo de cuidado, pero no puede evitar ahogar un gemido de dolor.)* Deja ver... no parece honda. Pásalo otra vez. Espera un poco. *(Busca fuera de escena un frasco.)* Échate hacia atrás.

MARTÍN.— ¿Y eso?

MARIO.— Es sal. Puedes infectarte. Al insecto del cólera le gusta la sangre. Te va a doler.

MARTÍN.— Échelo sin pena. *(Mario lo hace, Martín resiste con gallardía.)*

MARIO.— Ya. Ahora, con ese mismo paño, y otro poco de alcohol, hazte un vendaje alrededor de tu cabeza y apriétalo fuerte. *(El negro lo hace con destreza.)* ¿Dónde más te dieron?

MARTÍN.— Me patearon, pero soporté.

MARIO.— Necesitamos agua.

MARTÍN.— No le están dando agua a los negros. Le dan a las putas, pero no a los negros.

MARIO.— ¿Y dónde está tu hijo?

MARTÍN.— Estaba con su buela allá en Culo Prieto, pero cuando fui a la casa no vi a nadie. Entonces fui a buscar el agua y ya ve usted.

MARIO.— ¡Maldita ciudad murada! Esto es una trampa. En estas calles, la gente baldea sus aguas sucias por los adoquines. Algunas gentes tiran sus aguas usadas en los cunetones cerca del pozo. La mierda de los animales y la comida podrida del mercado ¿a dónde van a ir parar?... ¡Y este maldito calor! Todo esto asfixia y mata. ¡Malditos muros de mierda!

MARTÍN.— No son de mierda, doctó. Son de dura roca. Habría que irse al campo.

MARIO.— *(Pausa.)* El campo, un manantial limpio, frutas frescas, brisa. Sí... el campo.

MARTÍN.— Usted tenía una novia que vivía en ese campo hace unos meses atrás.

MARIO.— No era mi novia; es una mujer casada, Martín. *(Sonríe.)* Y sí... vive en una hacienda ganadera en el Hato del Piñal, tiene un manantial, sí. A horas de caballo de aquí.

MARTÍN.— Pero su caballo se murió.

MARIO.— *(Hace gesto de resignación.)* Y mi pasión por aquella mujer también. Aunque tuviese un caballo, lindo papelón haría presentándome a su puerta a pedirle barriles de agua en nombre “del amor que nos tuvimos”.

MARTÍN.— ¿Por qué no?

MARIO.— ¡Porque es casada, Martín!

MARTÍN.— ¿Y eso que tiene que ver?

MARIO.— Mira, hay varios pozos más a la salida de San Juan. Debemos tratar esos, soy médico,

tendrán que dejarme pasar el cordón sanitario.

MARTÍN.— Estarán sucios o secos.

MARIO.— Voy al Hospital. Mis colegas deben estar enloqueciendo con esta falta de agua limpia.

MARTÍN.— ¿Entonces todo esto tiene que ver con el agua?

MARIO.— No lo sabemos. El maldito insecto, la mierda de los animales, las letrinas, el pozo, ... ¡quién sabe!

MARTÍN.— Usted solo sabe que no sabe nada. Pero... ella vive en el campo, con brisa, agua de manantial, fruta fresca...

MARIO.— Limones. *(Pausa.)* Déjate de tonterías, tengo que ir al hospital. Vete a buscar a tu hijo. *(Lo mira.)*

MARTÍN.— *(Muy serio.)* ¿Por qué no?

MARIO.— ¡No tengo caballo!, ¿cómo voy a llegar hasta allá? ¡Olvídate de esa locura! Tengo que ir a ver a Lolita.

MARTÍN.— Yo puedo conseguir un caballo. O dos.

MARIO.— No vas a robar caballos por mi culpa.

MARTÍN.— Por mi hijo me robo hasta la luna.

MARIO.— Terminarás en la cárcel y allí el cólera ha hecho fiesta.

MARTÍN.— Yo sé dónde hay latones y barriles. Y una carreta. Quince o veinte dan para muchos días. Claro, habrá que llevarse el revólver, porque nos pueden asaltar por el camino.

MARIO.— ¡Estás loco! Te dije que no. ¿Qué demonios voy a decirle a esa mujer delante de su marido?

MARTÍN.— *(Comiéndose unos dientes de ajo que tenía en su bolsillo.)* Pues, que necesita agua pa' su madre.

MARIO.— *(Confundido.)* ¿Cómo paso de la tragedia de ver cientos de muertos de cólera, a la pírrica vergüenza de ir donde mi amante a pedirle latones de agua de manantial... ¡delante de su marido!?

MARTÍN.— ¿Por qué no?

MARIO.— ¡Olvídalo! No voy a hacer eso. Hay otros pozos. ¡Trataremos esos! Y ya lloverá en pocos días, quizá hoy mismo. *(Martín mira al cielo y hace una mueca de incredulidad.)* ¡No! ¡Papelones a mi edad, no! Y cuando digo no, es no, Martín. *(Martín hace gesto de "está bien".)* ¿Y qué es este maldito hedor a ajo? ¿Estás comiendo ajo? ¿Por qué comes ajo crudo? ¡Apesta! Te

tienes que bañar. Pero no hay agua para eso. Deja de comer ajo.

MARTÍN.— Esto es medicina de brujería, doctó. No se meta con esto.

MARTÍN.— *(Lo da por perdido.)* Voy a ver a Lolita. *(Sale.)*

MARTÍN.— A veces no hay que temerle a los papelones, doctó.

IV

Habitación de Dolores. Con un haz de luz verdoso sobre sí, la mortecina joven, dulce morenita de 22 años, que fue alguna vez una vivaz hermosura, se retuerce de un cólico asesino. Con los ojos y dientes apretados emite chillidos largos y contenidos, en los que para paliar el tenebroso calambre, estira sus puños y las telas de su enagua en extremado soportar. Luego expelle por la boca su contenido hálito mefítico en un desinflar ronco. Se limpia como puede las brillosas babas que caen de sus labios. Da unos pequeños pasos en busca de un agua que bebe con desespero y que por el mismo tremor deja verter mojando apenas sus secos labios. Camina hasta caer sentada en una mecedora fina y ostentosa, donde con su antebrazo en la frente, exhala el supremo esfuerzo de su ataque. Don Gavino en mangas de camisa, la ve desde la penumbra, compungido.



LOLA.— ¿Me traerá el poema que le pedí?

GAVINO.— Sí, hija, lo traerá. No te preocupes.

LOLA.— *(Tose.)* Seguro mi muerte llegará primero.

GAVINO.— No digas eso.

LOLA.— ¿Me moriré antes de verlo?

GAVINO.— Ya debe venir. Tenía que ir al hospital.

LOLA.— ¿Podré abrazarlo? ¿Me permitirás abrazarlo?

GAVINO.— *(En un respiro.)* Veremos.

LOLA.— ¿Me dejarías morir sin un abrazo suyo?

GAVINO.— *(Rudo, levantando la voz: “¡Carajo!, no te vas a morir.”)* Cazzo! ¡Non morirai!

LOLA.— *(“No puedes darle órdenes a la muerte, papá”)* Non puoi ordinare la morte, papà.

GAVINO.— *(“Puedo decretar. Y decreto que no te morirás.”)*

Posso decretare. E decreto che non morirai.

LOLA.— *(“No debería morir si he amado tanto.”)* Non dovrei morire se ho amato così tanto.

(Mario aparece en la puerta, con su pequeño maletín de médico.)

LOLA.— ¡Mario, por fin! *(Al verlo, Dolores se lanza hacia él desesperada, pero Don Gavino la intercepta.)*

GAVINO.— ¡No, Lolita, no puedes!

LOLA.— ¡Papá! *(...y el abrazo entre ellos no se consuma. Ella llora en desconsuelo abandonado, mirando a Mario y estirando sus manos hacia él, como si fuera agua fresca. Don Gavino la sienta nuevamente en la mecedora.)*





MARIO.— (*Suelta su maletín, y saca de su chaqueta un papel. Camina algo lejos de ella. Recita con voz compungida y apagada.*)

De un sueño entre quiméricas visiones
te hallaste, -oh niña, en la región mortuoria
y con pesar mi canto a tu memoria
recitaste a la luz de tus blandones.
Quizá cuando soñaste adormecida
oyó tu ser el eternal concierto
y anheló por volver a su otra vida;
Que así la frágil nave en mar incierto
esquivando la furia embravecida
busca afanosa su tranquilo puerto.¹

LOLA.— (*Impactada por los versos, no deja de llorar muy quedo.*) ¿Hay otra vida, Mario?

MARIO.— No lo sé.

LOLA.— Entonces, ¿por qué me escribes de ella?

MARIO.— Porque tú crees en ella, Lolita.

LOLA.— ¿Es a ti a quien encontraré en mi otra vida? ¿Eres tú mi tranquilo puerto? Porque ya voy a iniciar un viaje.

GAVINO.— ¡Cállate, Dolores! No vas a morirte. El doctor está aquí para comenzar tu curación. Haremos todo lo que él diga. Por ahora, has silencio. Deja que te examine. (*Mario lo mira sin comprender.*) ¡Cúrela!

LOLA.— È inutile essere violenti di fronte alla morte, Papà.

(*“Es inútil ser violento frente a la muerte, papá”.*)

GAVINO.— (*Portentoso e iracundo.*) ¡Ho detto di stare zitto!

(*“¡He dicho que te calles!”*)

MARIO.— Necesito que salga de la habitación.

GAVINO.— No puedo dejarla a solas con ella, es...

MARIO.— Salga, por favor. Y cierre la puerta. (*Don Gavino, a*

¹ Extracto del “Soneto a Dolores”, escrito en la agonía de Dolores Sabat, “Lolita”, por Alejandro Tapia y Rivera. Escrito durante la pandemia del cólera en San Juan, Puerto Rico. Otoño de 1856.

regañadientes, sale.)

LOLA.— Amor mío... *(Estira sus manos hacia él.)*

MARIO.— Ponte de pie, vamos.

LOLA.— Apenas puedo.

MARIO.— Trata.

LOLA.— ¡Me muero de fatiga!

MARIO.— Vamos. *(Ella intenta y casi puede, pero cuando va a desfallecer, Mario, sin poder ya excusar sus pruritos médicos, se acerca a ella y la pone de pie frente a él. Con alguna premeditada rudeza, le quita su bata y la deja totalmente desnuda frente a sí. Su piel rugosa y azul, marcada por largos hematomas rojizos, revelan una demacración irreversible.)*

LOLA.— *(Con pudor sonreído.)* No estoy hermosa hoy.

(Mario se acerca y con su pericia afectiva y dulce, le examina los ojos, la boca. Mira sus cabellos, los acaricia un poco. La mira a los ojos un tanto, pero continúa. Toma sus brazos y los palpa; toca sus senos, ella ríe niña; toca su vientre y ella emite un quejido agudo y se abraza a él para sostenerse. Él la separa despacio y la coloca de frente a la ventana. Movido por un cálculo serio, abre de un tirón las cortinas y un haz de luz brillante y blanco penetra potente en la habitación como un supremo hálito de vida. Ella se hiere por la violenta ráfaga, pero él la obliga a acercarse un poco para que la luz la domine toda.)

MARIO.— Abre tus ojos, tus brazos. Abre tus pulmones y tu corazón... ¡vamos, respira!

LOLA.— *(Mientras Mario le extiende sus brazos y estira su cabeza. Ella vibra de un placer nunca sentido.)*

¡Oh, es tan sensual este calor! ¡Tócame, Mario! *(Se deja caer de espaldas sobre el pecho de él.)*

MARIO.— *(Acaricia sus largas manos que ella, como una crucificada, extiende amorosa sobre las de él.)* El sol tiene... energías, tiene vitalidades que dan al cuerpo fuerzas desconocidas. Tienes que tomar aire y sol todos los días, Lolita mía.

LOLA.— ¿Este calor que mata, también hace vivir?

MARIO.— Te pondrás en esta ventana, totalmente desnuda, cada vez que el sol esté en su punto. No harás caso a lo que diga la gente. El sol tiene que entrar en ti, en cada pequeño espacio de tu cuerpo; toma de un tirón todo ese aire caliente, tienes que regenerar tu piel y tu cuerpo y ...

LOLA.— Y pensaré que este sol eres tú. Tus manos, tu cuerpo con el mío, abrazados los dos en un fuego que nunca se extingue.

MARIO.— Si quieres pensar en eso, sí. Será bueno.

LOLA.— ¿Y qué haremos con los días nublados, amor mío?

MARIO.— Nunca habrá días nublados.

LOLA.— *(Pausa. Se voltea a verle su rostro.)* ¿Voy a morirme, Mario mío?

MARIO.— *(Pausa. Con la suprema ternura triste que se le habla a lo más amado.)* Lolita mía... *(Lola se abraza a él en una honda explosión de llanto.)*

LOLA.— Shhh... no lo digas.

MARIO.— Soy médico. No creo en milagros, creo en la ciencia. Pero un milagro no nos vendría

nada mal.

LOLA.— El milagro de tu amor.

MARIO.— Mi pobre amor no tiene nada de milagroso. *(Le pone la bata nuevamente.)*

LOLA.— Entonces voy a morirme. Y ya no puedo tenerte. Tal vez Elena sí podrá. Es fuerte y está saludable, es hermosa, atrevida y apasionada, mucho más que yo.

MARIO.— ¿Para qué celos, Lolita? Estamos hablando de tu vida.

LOLA.— ¡La nuestra, Mario! Porque lo quieras o no, esta suerte maligna nos une. No me importa a qué brazos te lanzaste cuando mi padre te separó de mí; no importa tu enojoso desprecio por no irme contigo cuando me lo pediste... fui una necia, ¡preferí el miedo al arrojo! Necia, imbécil, inmadura, ¡22 años tengo y todavía soy una niña terca y cobarde!... Preferí mi familia que me odia, al amor más puro que he visto en toda vida. ¡Perdóname!

MARIO.— ¡No digas eso!

LOLA.— No quiero llevarme a esa otra vida ni rencores, ni odios, ni celos, ni mucho menos tu piedad.

MARIO.— Tampoco debes llevarte mi culpa.

LOLA.— *(Lo acaricia.)* Me llevo tu amor. El que disfruté sola encerrada aquí, ensoñándote, en esta pestilente oscuridad de la que ahora pretendes liberarme. Te obligo, Mario, te obligo a que te liberes conmigo de todo este dolor tan malsano. ¡Cúrame! ¡Sálvame! *(Él se impacta con el ruego. Ella que lo ha mirado como un puñal, recibe de súbito un cólico feroz y se lanza a buscar agua.)* ¡Pero hazlo pronto porque esta sed me matará!

MARIO.— Espera, déjame ver esa agua. *(La toma y la mira. La huele.)*

LOLA.— ¡Me quemó por dentro! ¡Dame agua!

MARIO.— ¿Esta es agua del pozo de Ballajá?

LOLA.— Sí, no hay otro.

MARIO.— ¡No beban más esa maldita agua asquerosa! ¡Te buscaré agua limpia! Come una fruta, come algo de arroz, ¡no tomes agua que no esté filtrada! ¡Don Gavino! *(Comienza a escribir en un papel de receta desesperadamente.)*

GAVINO.— *(Entra presto.)* ¿Qué pasa?

MARIO.— ¿Usted ha filtrado su agua?

GAVINO.— Los negros lo hacen, a veces. Pero tarda demasiado.

MARIO.— ¡¿Esta agua es filtrada, sí o no?!

GAVINO.— No lo sé. Tendría que preguntar a los esclavos.

MARIO.— Mire... voy a hacer lo imposible por ayudar a Lolita, pero tienen que seguir mis instrucciones al pie de la letra.

GAVINO.— Usted dirá.

MARIO.— Solo agua filtrada. No importa lo que tarde. Filtrada dos o tres veces, ¿me oye? Que

tome sol, todo el tiempo que pueda sin quemarse. Limones. ¿Tiene limones?

GAVINO.— No. No hay limones en ninguna parte de la isleta.

MARIO.— Usted tiene dinero, monte varios negros en caballos y que vayan en busca de limones, ¡así sea al otro lado de la Isla!

GAVINO.— No los dejarán cruzar el...

MARIO.— ¡Hágalo! (*Va al maletín.*) Consiga estas sales y estos químicos. (*Anota muy rápido.*)

GAVINO.— Las boticas no dan abasto.

MARIO.— ¿A mi qué me importa? Búsquelos.

GAVINO.— (*Lee por encima de su hombro.*) ¿Láudano? Pero, doctor...

MARIO.— Usted sabe lo que es. Pero tiene que ser esta dosis, esta cantidad de gotas con el agua que dice aquí. ¿Me entiende? ¿Sabe leer? Solo esta dosis. Y eso junto con estos otros químicos... en esos intervalos de tiempo. (*Le da el papel.*) ¿Lo tiene claro? ¿Puede ocuparse?

GAVINO.— Su madre y las negras de la casa van a ocuparse. Yo buscaré todo esto...

MARIO.— Búsquelos... o su hija se muere.

GAVINO.— Aquí usted pone agua de manantial. ¡Solo tenemos la del pozo!

MARIO.— Yo iré por agua de manantial. Es la más pura y la más limpia. Pero me tardaré. Puede que me tarde más de un día. Que tome solo agua filtrada si tiene mucho apuro, pero que evite tomar tanta agua así de golpe y que no vuelva a tomar agua de ese pozo.

GAVINO.— ¿Y si la hervimos?

MARIO.— Hiérvala si quiere, pero eso no ayudará. Las miasmas muertas se quedan flotando en el agua y tendrá que filtrarla como quiera. Tiene que ser pura de manantial. No conviene que toda agua que beba la vomite o la defeque. Si se deshidrata, no habrá milagro.

GAVINO.— ¿Usted traerá agua de manantial para ella?

MARIO.— Para ella, mi Madre y ...

GAVINO.— ¿Cuánto me costarán sus servicios?

MARIO.— Dos caballos y una carreta.

GAVINO.— ¿Caballos?

MARIO.— ¿Cómo quiere que busque el agua si no tengo caballos y una carreta?

GAVINO.— (*Confundido.*) Sí, vaya a la caballeriza y dígame al negro de esta casa que le dé los mejores.

MARIO.— ¡Y mande a por los limones!, ¿qué está esperando? ¡Muévase! (*Don Gavino sale.*)

LOLA.— (*Ríe un poco.*) Nunca había visto a Papá tan apurado.

MARIO.— Voy a buscarte agua, Lolita. Agua fresca, limpia, cristalina, agua del corazón de la tierra, llena de minerales y de sanaciones. No habrá mejor remedio para ti.

LOLA.— ¿De veras que esa agua podría curarme o solo lo dices para darme una última

esperanza?

MARIO.— (*En fútil esperanza.*) Yo... creo que sí, Lolita.

LOLA.— Mira que puedo creerte y si Jesús me llama a su lado, la culpa te...

MARIO.— Vas a curarte.

LOLA.— ¿Me lo juras?

MARIO.— Sí. Te lo juro.

LOLA.— Jurar lo que no vas a cumplir es matarme.

MARIO.— (*Pausa.*) En un día estaré de vuelta y podrás sonreírme de nuevo como cuando nos enamoramos. Un día...

LOLA.— Sí, sonreír. Sonreír desde lo más luminoso de mi felicidad. ¡Porque estaré sana y viva para ti! Anda, vete. Aquí te espero. Tú me salvarás, amor mío. (*Se deja caer en el sillón, cierra los ojos. Mario toma el maletín. Cuando va a salir...*) Ahora que lo pienso... (*Mario se detiene.*) Cuando me viste desnuda, cuando tocaste mi piel, mis senos, ... cuando me crucifiqué dulcemente en tus brazos... ¡ya tú me habías salvado! (*Mario sale decidido.*)



V

Mario se encuentra con Martín.

MARTÍN.— ¿Y qué me va a decir ahora, doctó? ¿Que esa pobre niña moribunda no vale horas de a caballo?

MARIO.— Vale tanto como la vida de tu hijo. ¿Lo encontraste?

MARTÍN.— Sí. Está bien, está con su buela.

MARTÍN.— ¿Está sano, no anda por ahí tocando gente enferma y bebiendo agua sucia? ¿Cuántos años tiene ya?

MARTÍN.— 13 años en el cuerpo, 70 en la cabeza.

MARIO.— Pues puede cuidarse solo si lo enseñaste bien. (*Pausa.*) Vamos, sígueme.

MARTÍN.— Si decido seguirlo, quiero saber a dónde me lleva.

MARIO.— Vamos a buscar agua de manantial. Limpiaremos un poco la sangre, matar los bacilos, estimular la circulación, eso nos dará tiempo en lo que los facultativos de Madrid nos dicen algo con sentido.

MARTÍN.— Está dispuesto pal' papelón. Me alegro.

MARIO.— ¡Es mejor que nada, Martín! Pero algo me dice que puede haber un tratamiento que

elimine las causas posibles... pero... iyo no sé cuál es! Solo tengo ideas, y ... solo ideas...

MARTÍN.— ¡Si ná más tenemos ideas... qué solos estamos, doctó!

MARIO.— Pero piensa, ¿cómo sería el futuro sin nuestras ideas de hoy? Por más crónica que sea nuestra ceguera, una idea es una luz. Ya en el futuro, con mejores medicinas, con gente mejor preparada, con mejores gobiernos y menos dictadores, estas cosas puedan contenerse. Nuestras equivocaciones de hoy van a inspirar las soluciones del mañana. La ciencia es esperanza, Martín.

MARTÍN.— Pero la gente se está muriendo hoy.

MARIO.— Dios no va a resolver el cólera.



MARTÍN.— Ni su romanticismo tampoco. Sí, “romanticismo”. Yo tengo orejas y escucho esos sueños de la juventud. Pero ya es hora de que dejen de ser sueños, porque si no, toa la vida van a cargar la culpa por lo mucho que boquearon y lo poco que hicieron para curar esta plaga.

MARIO.— ¿Entonces por qué Dios no baja y lo resuelve? Dios es tan responsable como yo de ese mucho hablar y poco hacer del que me acusas.

MARTÍN.— Ese tampoco es mi dios, no se enoje conmigo. Los blancos dicen que su Dios domina hasta la ciencia.

MARIO.— *(Ya molesto, pero paciente.)* Dios no existe, Martín. Dios no bajó del cielo a liberarte. Un millón de rezos cristianos no hubiese quebrado ni

el más mohoso eslabón de tus cadenas. Te liberé iyo! de las cadenas que te impuso mi padre cuando te compró por unos miserables pesos.

MARTÍN.— 200 pesos por un jovencito yoruba de 20 años. ¿Cree que eso se olvida?

MARTÍN.— ¡Miserables 200 pesos! Yo, y muchos otros “románticos” abogamos porque se acabe esa infamia de la esclavitud. Es peor que el cólera, sí. Claro que sí. Pero no es Dios quien te libera.

MARTÍN.— Mis negros dicen que es dios el que los ayuda a soportar la esclavitud.

MARIO.— No los ayuda, los consuela. Y tú no te consuelas una enfermedad. Tú te la curas.

MARTÍN.— Mis orishas curan, doctó... a mi no me ha dao cólera, ni a mi hijo, ni a su buela. Por alguna razón será.

MARIO.— Lo sé. *(Mueve su cabeza con algo de condescendiente incredulidad.)* Tus orishas... Ya veré si son tan buenos como tú los pintas.

MARTÍN.— *(Pausa.)* ¡Romántico... cará!

MARIO.— Ve a la caballeriza y diles que Don Gavino nos ha dado dos de sus mejores caballos.

Que los preparen y te los den. Busca barriles y latones. Pasaré por el teatro y luego me recoges en la casa de mi madre. (*Martín asiente y sale.*)

VI

Ruidos y quejidos coléricos en un hospital improvisado en la platea del Teatro Municipal. Mario se encuentra con Felipe, en extrema tensión.

FELIPE.— ¿Dónde demonios te habías metido?

MARIO.— El cólera llegó a mi gente.

FELIPE.— ¿Tu mamá?

MARIO.— Lolita.

FELIPE.— Maldición. ¡Oh, mierda! Mario... Me imagino que ese italiano hijo de puta ahora sí te necesita. Pero al fin llegaste. Mira cómo está este sitio. Y no paran de llegar. Y gritan y chillan... (*A los enfermos.*) ¡Basta ya de gritos, por Dios! Me va a estallar la cabeza.

MARIO.— Cálmate, Felipe. No puedes pedirles que no se quejen.

FELIPE.— Ya los demás hospitalillos están abarrotados. Se acabaron los suplidos, estamos hasta el cuello de sangre, vómitos y miasmas. Y estos médicos del Hospital Mayor siguen con sus plantas medicinales. ¡No somos curanderos, por Cristo! (*Suenan cañonazos.*) ¡Malditos cañonazos y esta peste infinita!

MARIO.— La clave está en el agua.

FELIPE.— Por supuesto que la clave está en el agua, ¡pero en el agua del vómito! Tenemos que expulsar toda el agua podrida que estos infelices tienen dentro.

MARIO.— Quiero decir que, si sustituimos el agua del sucio pozo por agua de manantial, eliminamos la miasma.

FELIPE.— La gente no puede vivir sin agua, Mario. Y esos pozos asquerosos de San Juan y Puerta de Tierra... y encima hoy ha habido motín por culpa de los negros, y los soldados no dejarán sacar agua hasta que al maldito Gobernador no le salga de sus omnímodos cojones.... ¿Cómo vamos a expurgar los humores si no tenemos agua?...

MARIO.— Es la miasma del agua la que enferma. Pues en vez de sacarla, cambiémosla.

FELIPE.— Pero la miasma está en todas partes. En el aire, en el agua, en la comida, en el suelo, ¡en todo lo que se toca! Y causa las diarreas y los cólicos... No creo que el agua de manantial pueda resolver un estado avanzado de...

MARIO.— De deshidratación, sí. Y los limones. Agua de limón, mucha.

FELIPE.— ¿Y dónde demonios vamos a encontrar limones?

MARIO.— Es muy simple. Si el cólera es un animal, un organismo, un bacilo, un insecto, una



FELIPE.— Del Hospital Mayor preguntarán por ti.

MARIO.— Confía en mí.

FELIPE.— Vale... pero luego vienes a aguantar vómitos y diarreas conmigo aquí. Se lo juraste a Don Hipócrates. *Que este es tu lugar, joder. (Mario asiente.)* Trae un poco de agua para mi mujer y mis hijas.

MARIO.— Vale, pero no lo digas a más nadie. Hasta que pueda lograr un cordón de suplido continuo.

FELIPE.— *(Entendiendo la propuesta.)* Lárgate.

lombriz... puede matarse en su propio nicho.

FELIPE.— Si lo vemos.

MARIO.— El ácido del limón puede verlo.

FELIPE.— Carajo Mario, pero los doctores de Madrid han atiborrado de limones a pacientes y eso no los salva. Ni el colomel, ni la ipecacuana, ni el láudano...

MARIO.— ¡Porque los están haciendo vomitar! ¡Los matan de vómitos, pero no los curan! Escucha, Felipe. Tengo que salir de la ciudad.

FELIPE.— No puedes irte ahora, Mario, estamos en el peor momento.

MARIO.— No habrá peor momento que este. Será solo un día. Voy a buscar agua de manantial.

VII

Mario entra a su casa.

MARIO.— Mamá... Mamá... (*Ve la garrafa de agua tirada en el piso.*) ¡Mamá!

MADRE.— (*Sale.*) No grites, aquí estoy.

MARIO.— ¿Qué pasó con el agua?

MADRE.— Me la tomé. Tenía mucha sed.

MARIO.— ¿Toda? (*Ella se encoge de hombros.*) ¿Es que no me escuchó usted?

MADRE.— No había agua en el filtro. Y en la cisterna flotan ratas y cucarachas. Tenía sed, hijo.

¿Qué más querías que hiciera?

MARIO.— ¿Y está bien? ¿No tiene fiebre? ¿Le duele la barriga?

MADRE.— ¡Me duele vivir, carajo! Me duele esta peste, me duele este mundo. Me duele que no me abracés, que no pueda tocarte siquiera, ¡que no estés aquí conmigo cuando me vaya a morir!

MARIO.— No se va a morir.

MADRE.— ¿Y qué vas a hacer tú para impedirlo?

MARIO.— Hago lo que puedo.

MADRE.— Me dijo la prima Mercedes que harán una procesión mañana en la noche y voy a ir. Esto lo resuelve Cristo o nos morimos todos.

MARIO.— (*Oliendo la garrafa.*) Cristo no resolverá nada.

MADRE.— Mario, hijo querido, no hay dolor más grande para una madre que tener un hijo que no cree en mi amado Dios. ¿Cómo es posible que no puedas poner en manos de Dios lo que tú como médico no puedes resolver?

MARIO.— (*Estalla de culpa.*) ¡Porque creo que puedo resolverlo, mamá! No podré resolverlo para el millón de gentes que morirán por esta plaga, pero puedo resolverlo para la gente que amo y eso ya es suficiente para mí.

MADRE.— ¡Dios no te pide que sanes a un millón de gentes!

MARIO.— (*Pausa.*) Lolita tiene cólera. Dios no la salvará. (*Para sí.*) Y yo le juré que lo haría.

MADRE.— ¡Ay!, Cristo amado. ¡Niña tan bella y tan buena! Tanto como la quisiste. ¿Y qué puedes hacer tú para salvarla?

MARIO.— Voy a salir de San Juan por uno o dos días. Voy a buscar remedios y agua de manantial para usted. Tiene que cuidarse sola, un día o dos solamente. ¿Podrá? (*Martín aparece en la puerta.*)

MARTÍN.— Ya tengo los caballos, doctó. Voy a recoger los latones.

MADRE.— ¿Martín va contigo?

MARIO.— Sí.

MADRE.— Pues, aunque haya sido un negro esclavo de esta casa, créeme que confío en él más que en ti porque el sí cree en Dios. ¿Verdá que sí, Martín? ¿Verdá que tú sí crees en Dios, como

te enseñó mi difunto esposo??

MARTÍN.— Claro que sí, mi señora. Con su permiso. *(Sale.)*

MARIO.— Dígame que estará bien. *(Sale un momento de escena y entra enseguida con la mano en el bolsillo de su chaqueta.)*

MADRE.— Agua de manantial. ¡Ja! Es agua, como quiera. ¿Qué te dice que del fondo de la tierra no habrá también miasmas y porquerías que el diablo cuele en el agua limpia? ¡Aqua funesta por igual!

MARIO.— Madre, ¿estará bien?

MADRE.— ¿Me ves muriendo? ¿Estoy vomitando? No. ¿Tengo diarreas? Eso no te importa, pero quédate tranquilo. Vete... y regresa lo antes posible.

MARIO.— *(Ve a la madre que le mira con aprehensión.)* El agua limpia es vida.

MADRE.— *(Asiente.)* Está bien. *(Mario la mira un momento. Ella le dice con la mano que se vaya. Él, en un rápido gesto, se acerca y la besa en su cabeza. Y sale.)* Que Dios te me bendiga, Hijo de mi alma. *(Mario se encuentra con Martín.)*

MARIO.— ¿Ya está todo listo?

MARTÍN.— Sí.

MARIO.— *(Mario que ha sacado el revólver de su bolsillo, le carga algunas balas.)* Sigo tu consejo.

MARTÍN.— Muy bien, ahora démela a mí.

MARIO.— ¿Por qué?

MARTÍN.— Usted es doctó; si hubiera que usarla, a mí me va a importar menos que a usted. *(Mario se la entrega. Apagón lento con música.)*





ACTO SEGUNDO

I

El apacible sonido de pájaros y campo despierta en un azul verdoso el destello del agua de una cascada que cae sobre el desnudo cuerpo de Elena, extraña ménade acriollada, bella como la historia de su nombre. Al sublime espectáculo lo cubre a medias un arbusto modesto. En sigilo, entran Mario y Martín, quienes la observan en asombro. Martín, un poco avergonzado por su anciano prurito, no quiere seguir viendo. Mario muy cerca hipnotizado va a ella.

ELENA.— *(Sin mirarlo.)* Dile a tu negro que se aleje. Su olor a ajo es insoportable. *(Mario le hace una seña y Martín sale.)* Pásame el camisón. *(Mario se retarda. Ella se voltea.)* ¿O quieres verme más? Como hacías antes... antes de que me abandonaras.

MARIO.— *(Dándole su camisón que ella se coloca muy sensual y le pide sin palabras que le haga el lazo trasero.)* Yo no te abandoné. Te cuidé por dos semanas y mejoraste.

ELENA.— Me dejaste sola.

MARIO.— Eres una mujer casada.

ELENA.— Yo no te abandoné nunca. *(Se voltea rápido y lo besa intensamente.)* ¿Por qué tardaste tanto?

MARIO.— No deberías besarme. No sabes si traigo miasmas de cólera.

ELENA.— ¿Ah sí? *(Lo empuja al agua.)* ¡Pues a bañarse!

MARIO.— ¿Qué haces? ¡Espera! *(Ella entra con él bajo el agua. Lo vuelve a besar, más intensamente aún que antes; quisiera desvestirlo, hacerle el amor allí mismo bajo el agua, quiere tocarlo, él se deja un poco, momentáneamente rendido al arrebato, pero luego se separa circunspecto.)* Tu marido ya debe haber

llamado a uno de sus negros para que me dispare un tiro en la cabeza.

ELENA.— (*Va a besarlo de nuevo.*) Vamos, ibésame, tócame!

MARIO.— (*Él la separa sin rudeza y se coloca bajo el agua con la boca abierta y bebe con desespero.*) Es fresca, limpia, del mismo corazón de la tierra... esto es, iesto es!... (*Vuelve a beber.*) Esta es la solución, Elena.

ELENA.— (*Seria.*) ¿La solución para qué? (*Lo supone.*) ¿A eso viniste? ¿A llevarte mi agua? Necesitarás muchas carretas y muchos barriles para llevar agua a tanto moribundo vomitándose en las calles de San Juan.

MARIO.— Vine por tu ayuda.

ELENA.— Pensé que venías por mi amor.

MARIO.— Tú no eres capaz de amar.

ELENA.— Ven a la casa. Comerás algo y hablaremos.

MARIO.— ¡No! Tu marido me...

ELENA.— Ya sabe que estás aquí. Ven. A tu negro morralero que espere en el jardín. Ya se le llevará algo de comer. Toma, sécate.

(*Le da una toalla. Caminan fuera de la quebrada.*)

II

En la sala de la casa, la esclavizada Felisa trae un cómodo traje con el que le cambia su mojado camión.

Mario entra a la casa, aprehensivo y hasta temeroso de una nueva escena de celos.

ELENA.— ¡Nadal! ¿Dónde estás?

FELISA.— Está rezando, señora.

ELENA.— ¿Rezando o contando su dinero?

FELISA.— (*Se encoge de hombros.*) Es lo mismo.

ELENA.— Dile que el Dr. Mario Casanova está aquí. (*Felisa sale. Lo mira, sonríe pícaro.*) Tranquilo, sé lo que hago.

MARIO.— Nuestra última conversación no fue caballerosa.

ELENA.— Esta tampoco lo será. Diviértete, tonto.

MARIO.— No vine a divertirme. Lo que sucede en San Juan es un asunto muy serio.

ELENA.— Me lo imagino.

MARIO.— Es tu esposo.

ELENA.— Soy 'su' esposa. Su propiedad. Su esclava criolla con permiso para quejarme.

MARIO.— Elena, lo que pasó entre nosotros...

ELENA.— ¿Qué? Él se enteró, soportamos la escena y ya. ¿Ha pasado algo después? Él se quedó

con su fe y yo con mis ganas de tenerte.

MARIO.— Si todo fuera así de fácil.

ELENA.— Lo es. *(Pausa.)* ¿Y cuándo te casas con la niñita púber que no te sabe besar?

MARIO.— Lolita tiene cólera.

ELENA.— *(Luego de un silencio compasivo.)* ¿Se morirá?

MARIO.— Sí.

ELENA.— ¿No puedes salvarla?

MARIO.— No lo sé.

ELENA.— *(Desdeñosa.)* Bueno, pues, es una pena. Sé que la querías mucho. Pero no tanto como a mí.

Entra Augusto Nadal. Es un hombre mayor, unos 70 y largos. Calvo, de cejas blancas y ojeras pronunciadas, bigote y patillas ralas. Su tez no es ni blanca ni criolla, sino de un tono aceitunado que esconde un origen que él mismo rechaza. Nuevo rico, ostentoso, grave y fanático, sostiene una fuerza física y una pose portentosa que no acomoda a la pronta decrepitud de sus años.

NADAL.— *(Al ver a Mario, luego de una pausa.)* Elena debe haberle dicho que Dios me habla.

MARIO.— Elena debe haberle dicho que no creo en dios.

NADAL.— ¿Y se atreve venir a mi casa y decírmelo así, como si me diera un tajo en la cara; que no se rinde ante la fuerza suprema, ¡ante la justicia suprema?!

ELENA.— Es mi amigo, Nadal. Me has dicho que puedo tener amigos.

NADAL.— Fue tu amante, Elena.

ELENA.— ¡Es mi doctor! ¿Qué problema tienes tú con las palabras? Vamos, sé caballero y atendamos a mi ‘doctor’ con el respeto que se merece. ¡Felisa!

NADAL.— Que mantenga su distancia. No sabemos qué trae. Más allá, por favor. Un par de varas, unos seis pies por favor. Así está bien. Gracias. *(Mario estornuda de frío. Alarmado.)* ¡Por Cristo, no estornude! Tátese la boca.

MARIO.— Disculpe. Tengo frío. Ya es casi de noche.

NADAL.— ¿Y por qué está empapado? ¿Estaba contigo en el manantial?

ELENA.— Se ha resbalado bajo la cascada. Sí, un resbalón que casi lo mata, pero salió a tiempo. Tenía sed.

MARIO.— Tenía sed.

ELENA.— Tenía sed, te lo dije. *(Felisa entra.)* Felisa, trae algo de comida caliente para el señor y pon a secar su chaqueta cerca del fogón. *(Felisa se la quita.)* Y llévale algo a su negro que espera

en el jardín.

MARIO.— No es mi negro, es mi amigo.

NADAL.— Un negro no puede ser amigo.

FELISA.— (*A Mario.*) Señor, puedo traerle una sopa si gusta.

MARIO.— No, gracias. Llévele a Martín. (*Felisa sale.*)

NADAL.— ¿Acaso no sabe que toda esa podredumbre que afecta la capital es culpa de los negros y las prostitutas? ¿Dónde me dijo que estudió?

MARIO.— En Madrid. Me doctoré en el 50.

NADAL.— Apenas tiene dos o tres años de práctica.

MARIO.— Cuatro.

NADAL.— Y no sabe nada de la sífilis. ¿No fue de eso que murió su padre? He oído hablar de él. También era médico, ¿no? ¿Cuánto hace que murió?

MARIO.— La cólera no tiene nada que ver con la sífilis.

ELENA.— ¿Y a qué debemos el honor de tu visita, Mario querido? ¿Vienes a examinarme? Hace justo tres meses que no lo haces. Llevo muy bien la...

NADAL.— La sífilis se transmite por el sexo desordenado. Su padre pasó casi ciego los últimos años de su vida.

MARIO.— ¿Y tiene alguna razón para recordármelo?

NADAL.— Los negros transmiten la peste por su sudor asqueroso. Sudan su propio excremento. ¿No le explicaron eso en la Facultad? Por eso tienen ese color y esa peste. Hay tribus en el África que se comen sus propias heces.

MARIO.— No tengo tiempo para corregirle tamaño disparate.

NADAL.— Negros, putas y ateos, esos son los males del mundo.

ELENA.— Mario, ¿a qué debemos el placer? Me han dicho que te casaste.

NADAL.— Visita a la hija del italiano Gavino, el carnicero. Es cliente mío. Pero el doctor aquí presente no se ha casado, vive en libertinaje, rodeándose de bohemios “románticos” en La Mallorquina, y amaneciéndose en borracheras.

ELENA.— Digo, no es que me importe...

MARIO.— ¿Cómo sabe tanto de mí?

NADAL.— Pago por lo que me interesa saber.

ELENA.— ¿Y cómo la están pasando allá en San Juan? Como ves, salimos muy poco. Nadal no quiere contaminarse. Y en este pueblucho no hay teatros, ni casinos.

NADAL.— Hay naturaleza. Pero no quieres disfrutarla.

ELENA.— Lo hago a mi manera.

MARIO.— ¿Y ha pagado usted por saber lo que pasa en la ciudad murada?

ELENA.— Cuéntanos, querido.

NADAL.— Te contaré yo. No tienen agua, tienen que viajar grandes distancias para cargar uno

o dos carretones que apenas dan para pocos días. Que en esa sucia ciudad amurallada no hay vegetales frescos en el mercado y tampoco hay carne. No hay medicinas, ni remedios. Que tuvieron que hacer un cementerio particular para los coléricos que ya empezaban a pudrirse en los cunetones.



MARIO.— Todo eso es cierto. Y también es cierto que quienes pueden ayudar, no lo hacen.

NADAL.— ¿Para qué? Van a morir de todas maneras.

ELENA.— Nadal dice que la fe en Dios es la solución.

NADAL.— Si Dios está de nuestro lado, no hay cólera que nos ataque. Así está escrito.

ELENA.— Así que la solución de Dios es que se mueran miles de personas desde que empezó el cólera. Y eso sin contar que hay apenas 14 médicos para 40,000 personas en todo San Juan. 13... porque tú estás por acá visitándome. Visitándonos. *(Sonríe cínica.)*

NADAL.— El pundonoroso Gobernador hace lo que puede para que esta miasma no contamine a

todo el país. Estoy seguro de que ya ha mandado a pedir más facultativos a Madrid, y medicinas y... le aseguro que es... *(Camina por la habitación y en un momento parece mirar al paisaje, momento que aprovecha Elena para pasar su mano por la ingle de Mario en descarada coquetería lúbrica.)*... también, falta de fe. Ustedes en San Juan, cuando ven la tragedia caer sobre sus hombros, es que hacen las debidas procesiones y promesas. El ateísmo es una enfermedad contagiosa. ¿Por

qué es usted ateo? Me interesaría saber.

MARIO.— ¿Y por qué es usted creyente?

NADAL.— Ah, ¿cómo no serlo cuando el mismo Dios ha despertado de fe mi humilde corazón?

Yo he sentido a Dios, he vibrado con la palabra que leo en su sagrado libro, cierro los ojos y veo su poder magnánimo sobre mí. Ese Dios que hace estallar mi alma de pura humildad, ese único Dios misericordioso, justo, magnánimo, ¡que debería ser alabado por todos los hombres de la tierra!

ELENA.— ¡Amén! *(Elena hace gestos aburridos y de mofa para que Mario se ría.)*

MARIO.— El problema señor, es que lo que pasa en su corazón no pasa en el corazón de los demás. Lo que usted siente no es prueba de que su dios exista. Mi corazón a veces da saltos, pero es cuando me doy dos o tres buenos tragos de pitorro. No digo yo me salta el corazón, ¡se me caen hasta los calzoncillos! *(Elena suelta una carcajada.)*

NADAL.— ¿Eso es lo que usted piensa de mi fe? ¿Que es cosa de burla?

MARIO.— *(A ella.)* Dijiste que me divirtiera, eso hago.

NADAL.— Hay gentes que deben morir en nombre de la paz de los demás. ¡En nombre de la paz de Dios! Le insisto. Los negros deberían morir.

ELENA.— No, Nadal, si matas a los negros, ¿quién lavará tus calzoncillos sucios?

NADAL.— Yo me hincó de rodillas todas las noches para que Dios mate a todos los negros. Que una rodilla blanca les aplaste el cuello y los asfixie a todos.

MARIO.— Y entonces Dios es el amor supremo.

NADAL.— Oh, sí lo es, sí lo es. El amor supremo siempre protege al más justo. Y el más justo es el que tiene más fe. *(Elena le agarra una nalga a Mario sin ser vista. Mario se voltea y Elena lo besa rápido aprovechando el descuido de Nadal. El juego se vuelve más intenso.)*

ELENA.— Aburres a nuestro invitado, marido mío. No creo que le importe tu prédica divina.

NADAL.— Usted habrá visto muchos muertos coléricos, pero usted no conoce la muerte del alma. Es joven y todavía puede darse el lujo de soñar, divertirse, ser “romántico” y buscar

aventuras con mujeres casadas....

MARIO.— Para una aventura hacen falta dos.

ELENA.— Yo nunca le he sido infiel a Nadal.

MARIO.— Conmigo lo fuiste.

ELENA.— Contigo solo me excedí un poco en mis simpatías, eso es todo. Pero infiel, jamás.

NADAL.— No tires más fango sobre tu honor.

ELENA.— Soy una buena chica. Creo todo lo que me cuentan.

NADAL.— Creíste en la palabra de este proxeneta.

ELENA.— Mi proxeneta eres tú. *(Ríe.)*

NADAL.— Podría acusarlo a la autoridad de ser separatista. Soy muy amigo del Gobernador.

MARIO.— Si eso le quita su dolor de cuernos...

NADAL.— *(Cobarde.)* Le pagaré para que lo fusile.

ELENA.— ¡Basta de drama! ¡Quiero comedia, señores!

NADAL.— ¡Mi honor fue mancillado!

ELENA.— Tu honor es una mentira, Nadal. Eres un cornúpeta. Acéptalo y vive feliz.

MARIO.— Sí, señor, un cornúpeta. ¿Para qué mentir?

NADAL.— *(Acobardado.)* ¡Tenemos que mentirnos para no perder la compostura!

MARIO.— No sabía que la protervia tenía que ser cortés.

ELENA.— Los insultos se quedan entre nosotros...

MARIO.— Y con el señor Gobernador, al que tú también has prodigado simpatías.

ELENA.— Es un hombre guapísimo, déjame decirte. Y su mujer es una tonta insípida.

NADAL.— Pude haberlo matado cuando los sorprendí, pude haberles dicho a mis negros que ...

MARIO.— Yo traté de rechazar a su verrionda mujer, pero la carne es débil...

ELENA.— ¡Mario! No tienes que insultarme.

MARIO.— Me insulto por los dos, querida. Cálmate.

NADAL.— ¡No lo maté porque no voy a violar los mandamientos de Moisés!

MARIO.— ¿Ves Elena?, ¡es más cobarde que yo!

ELENA.— Ay, ¡ya me aburren los dos!

NADAL.— *(Corta la tensión.)* ¡Diga de una buena vez qué quiere de mí y lárguese!

MARIO.— *(Pausa.)* Necesito agua de su manantial. Mucha agua. Quince o veinte barriles que pueda llevarme en la carreta y el inicio de un suplido continuo hasta San Juan. Y voy a hacer lo que sea para conseguirlo.

III

Felisa, fusil en mano y en la otra un plato de sopa que deja en el suelo. Se separa de él un poco.

MARTÍN.— ¿Sabes disparar con eso?

FELISA.— Es muy fácil. Se pone la pólvora, se jala este... *(Lo busca.)* este gusanito y ya.

MARTÍN.— Ummm. Sabes mucho. *(Sobre la sopa.)* ¿Puedo? ¿De qué es?

FELISA.— De calabaza y yuca. Ahí tiene pan también. Es fresco, lo hice yo y no tiene gorgojos.

MARTÍN.— Gracias. ¿Cuánto hace que llegaste?

FELISA.— ¿De dónde? Ah... Nací aquí.

MARTÍN.— Claro, claro... A mí me robaron de África a los 20 años. ¿Y tú, cuántos tienes? *(Come.)*

FELISA.— Me dicen que 18 pero yo creo que son 20 o más.

MARTÍN.— ¿Y me vas a disparar?

FELISA.— Si tengo que hacerlo.

MARTÍN.— ¿Por qué tendrías que hacerlo?

FELISA.— Si me lo mandan.

MARTÍN.— ¿Matarías a alguien igual a ti solo porque te lo mandan?

FELISA.— Usted no es igual a mí.

MARTÍN.— Podría ser tu padre o hasta tu abuelo. ¿En qué somos diferentes?

FELISA.— Yo como y me baño todos los días. Tengo donde dormir. Estoy bien.

MARTÍN.— Fuera de la casa.

FELISA.— Todos los negros dormimos fuera de la casa. ¿Usted duerme adentro?

MARTÍN.— Ujum. Cuando era su esclavo sí. Ya no, ya no soy esclavo.

FELISA.— Yo lo veo obedeciendo.

MARTÍN.— Tú no ves bien.

FELISA.— *(Se encoge de hombros. Pausa larga.)* ¿Cómo es?

MARTÍN.— *(Mientras come.)* ¿Cómo es quién?

FELISA.— África. *(Pausa.)* ¿Cómo es?

MARTÍN.— ¿Por qué quieres saber? Tú estás cómoda aquí.

FELISA.— Yo no dije eso.

MARTÍN.— Me pareció.

FELISA.— Le pareció mal.

MARTÍN.— En África todos dormíamos dentro de la casa porque todos tenemos la misma casa.

El cielo, la selva, el sol... las estrellas. Esa es nuestra casa.

FELISA.— Yo tengo estrellas también. Y deben ser las mismas tuyas.

MARTÍN.— Pero yo puedo viajar a ellas libre... y tú no.

FELISA.— (*Suspira.*) Cuénteme más.

MARTÍN.— (*Sonríe.*) Mmm. ¿Sabes lo que es una jirafa?

FELISA.— El ama me enseñó un dibujo.

MARTÍN.— Olodumare nos regaló muchas cosas.

FELISA.— ¿Quién?

MARTÍN.— Olodumare, creador de todo lo que existe.

FELISA.— Dios, padre, su hijo Jesucristo, señor de los justos, y espíritu santo. Tres personas en una. Amén.

MARTÍN.— ¿Tú también te tuviste que aprender esa tontería? (*Sonríe. Ella se encoge de hombros.*)

FELISA.— Una aprende tanta porquería de esos blancos. Ellos le dicen Dios, pues yo digo Dios porque si no, no me dan de comer.

MARTÍN.— Escucha esto... (*Pausa.*) Olodumare hizo

las jirafas. (*Le va mostrando una simpática y hermosa pantomima de una jirafa.*) En los valles de la antigua Ifé,

la tierra yoruba de donde yo vengo -y a lo mejor tu babawona también-... un día, Olodumare estaba tranquilo mirando al mundo y entonces se preguntó,

“¿por qué hay animales que se contentan con ser pequeños?” Y entonces se acercó a Agunbo, que quiere decir jirafa, en yoruba. Agunbo tenía el cuello pequeñito y siempre estaba mirando hacia abajo, a la tierra. No se atrevía mirar al sol. Y le daba mucha hambre porque la buena fruta siempre estaba en el alto de los árboles. Agunbo tenía que comerse lo que caía y siempre estaba pudrío. Agunbo se puso muy flaco y se enfermó de soledad. ¡Pobre Agunbo, siempre con la cabeza baja y detrás de los animales grandes comiéndose lo que ellos dejaban! Olodumare

no le gustó ver a Agunbo tan triste y débil. Tan débil se puso, que Agunbo estuvo muy cerca de morir. Los kinniun (*Los leones.*) estuvieron rondándolo varios días, y Agunbo ya casi no podía respirar, no se podía mover, ni abrir los ojos. ¡Pero en su corazón todavía había tambores! Los tambores del pecho de Agunbo sonaban lejanos, pero estaban ahí. Y entonces, cuando los kinniun ya le iban a morder su pequeñito cuello, Olodumare oyó los tambores del corazón de Agunbo... y lo miró a la cara y le gritó.— “¡Agunbo! ¿Qué pasa contigo? ¡Todavía

DICT. UNIV. D'HIST. NAT.

Mammifères. pl. 18.



Giraffe, QUADRUPÈDES sans oreilles. (N. G. 1888.)

Giraffe (*Camelopardalis girafa*, F. Cuv.) 1/2 de gr. nat.

Pl. 18.

hay tambores en tu pecho, Agunbo! ¡Levántate y come de la buena fruta que está en el árbol! ¡Si yo la puse allí para ti!” (*Imitando una vocecita débil.*) “Pero está muy alta, mi señó. Yo no la alcanzo y son muchos los kinniun que me van a comer. ¿Por qué la puso tan alta para mí?” (*Con voz grandiosa.*) ¿Y por qué no puedes tú levantar tu cabeza y llegar a ella? ¡Agunbo! ¡Donde está el sol, está la fruta que te dará la fuerza para luchar contra los kinniun! (*Felisa sonríe.*) ¡Agunbo! Tú no eres culebra, tú no eres kinniun, tú no eres pájaro. Tú eres Agunbo, y lucharás por lo que es tuyo. ¡Aunque tengas que luchar contra un millón de kinniun! ¡Agunbo!



Levanta tu cabeza. Estira tu cuello. (*Martín levanta la cabeza muy poquito, con ojos tristes, y le saca una brillante sonrisa a Felisa que lo contagia. Martín coloca la mano bajo la barbilla de Felisa y la hace que mire hacia arriba. Y mientras, su pantomima va haciendo crecer el cuello de su figuración de la jirafa.*) Y mira la fruta... Yo la puse ahí para ti.

Alcánzala. Tienes hambre, y frío, y estás débil. Y ahí está el sol y la fruta y el pasto para que descanses. ¡Pero tienes tú que ir a por ella! Agunbo... es tuya... saca tu cuello de su cueva, estira tus patas, estírate muy laaargo todo hacia el cielo... y busca la fruta que yo te regalé. Yo la puse ahí solo para ti. ¡Y cómetela! Es tuya.

Kinniun ya no puede hacerte daño. (*La mira con inmenso amor.*) Verás lo linda que se pone tu cara, cuando descubras que tú... ¡eres tú!... y tienes el cuello más largo de todos los animales de África. (*Felisa mira a Martín con gran asombro amoroso. Ha comprendido, cabalmente. Se asusta de sí misma. Se levanta, toma el fusil y apunta torpemente a Martín, con mucho miedo.*)

FELISA.— Tómese la sopa que se le va a enfriar. Y avance que me tengo que llevar el plato.

MARTÍN.— Como tú digas.

FELISA.— (*Mira hacia la casa.*) Avance. Y yo creo que el que tiene que levantar la cabeza, es usted y su amo. ¿Me oyó?

MARTÍN.— Te dije que no era mi amo.

FELISA.— Bueno, lo que sea. (*Hace alguna mueca incomprensible y vuelve a mirar hacia la casa.*)

MARTÍN.— ¿A quién buscas? ¿Quién nos mira? ¿Los

esclavos de tu amo?

FELISA.— Pero, ¿tan lindo que habla y no me entiende? *(Se rinde.)* Avance, deme el plato.

(Martín apura un último sorbo y se lo da agradecido. Felisa va a salir, se detiene.) Hay árboles de limones detrás de la casa. *(Pausa. Martín la mira sin comprender.)* ¡Agunbo!, ¿qué pasa contigo?! *(Sale.)*

IV

(Continuación de la anterior.)

MARIO.— Vine por agua de su manantial y haré lo que sea para conseguirla.

NADAL.— *(Pausa.)* ¿Por qué viene usted aquí a buscar agua? ¿O está usando eso de excusa para volver a birlarme a mi mujer?

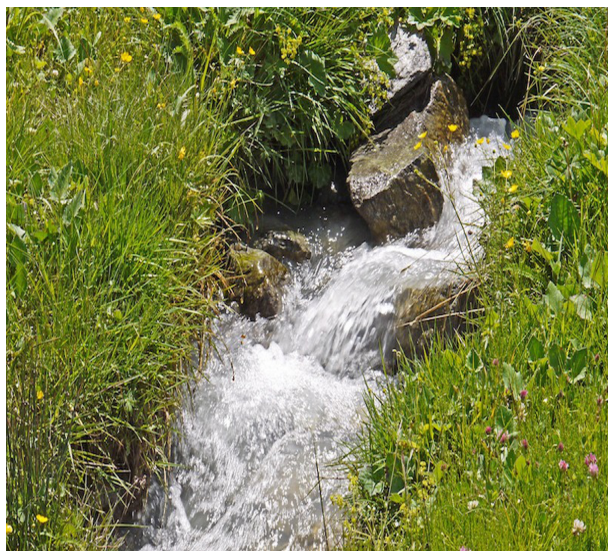
ELENA.— A mí me birla quien yo quiera.

MARIO.— Los pozos están contaminados. Hay animales muertos flotando en ellos, y las escorrentías de las letrinas llegan a los pozos por los túneles bajo la tierra. ¡Esa misma agua es la que se usa para tomar, cocinar y lavar heridas! Es un círculo vicioso de enfermedad y muerte.

ELENA.— Las miasmas del cólera las transporta un insecto invisible, por eso los cañonazos. ¡Hasta acá hiede la pólvora! No sé de dónde sacas esas ideas, ¡y eso que me dices que fuiste el mejor de tu clase!

MARIO.— Lo fui.

ELENA.— Tan brillante, tan lumbrera que todavía no sabes que el cólera **no** se transmite por el



agua, que no es el agua su... su... qué sé yo cuál es la palabra, su lo que sea, porque ningún insecto puede vivir en el agua. Ya lo han dicho ¡una millonada de veces!... los facultativos más autorizados de Madrid.

MARIO.— ¡En Madrid! Ellos no conocen nuestro sistema de drenajes. El único denominador común es el agua. Lo he dicho ¡una millonada de veces!

NADAL.— Son esos insectos...

MARIO.— Nadie los ha visto.

NADAL.— ¡Son invisibles!

ELENA.— ¡Como Dios! (*Ríe.*)

NADAL.— Son transparentes a la luz.

MARIO.— ¡Es el agua sucia!

ELENA.— ¿Pero es que no tienen filtros? ¿No pueden hervir las aguas?

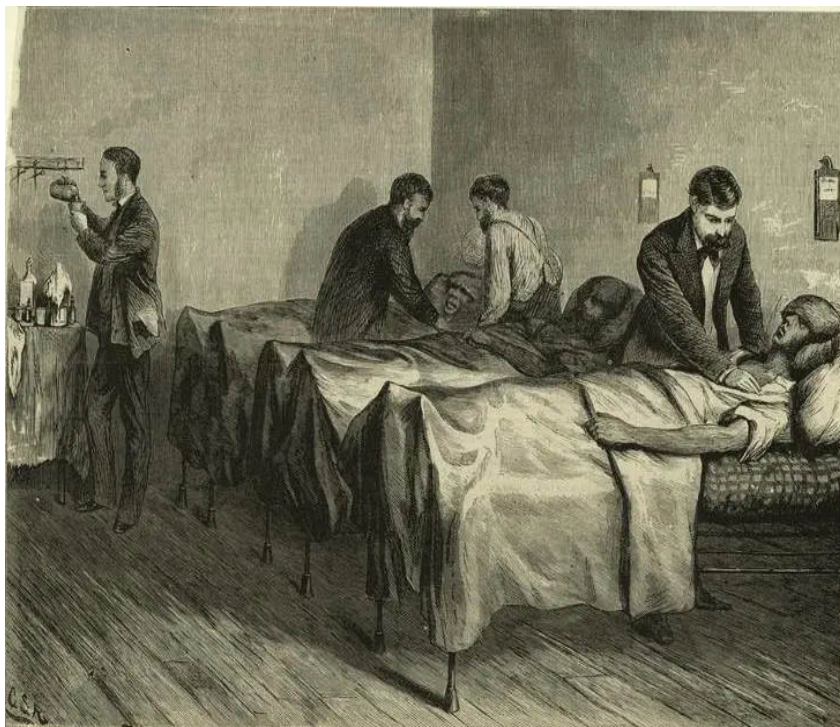
MARIO.— ¡No es tan fácil como pedirlo!

NADAL.— Dios siempre ayuda al justo.

MARIO.— (*Con cinismo templado.*) No señor, no todos tenemos su divina fortuna. ¿Sabe usted cuánto cuesta una piedra de filtrar? ¿Conseguirla, comprarla, ahuecarla para que dé al menos medio galón de agua limpia al día? ¿Sabe que hay más pobres y miserables en los barrios de la Calle Luna, en Ballajá, en Culo Prieto, que probablemente en todo el resto de la Isleta hasta Puerta de Tierra? Gente que no tiene agua para bañarse y permanecen con la misma ropa, semanas, meses, quizá la mitad de su vida. Gentes que tienen que esperar todo un año para solo tres miserables meses de lluvia o de tormenta y ni siquiera tienen un latón o un barril para recogerla.

NADAL.— Ya. Ese partiquino de víctima no le queda. (*Felisa entra a una esquina; escucha atenta.*)

MARIO.— No, usted no sabe lo que es ser víctima. Las heces de los caballos, ¿sabe dónde van a parar cuando cae algo de lluvia? Yo he visto niños enfermos defecando en las aceras, excremento que pisan las lavanderas descalzas y los perros. ¿Ha visto un bebito de semanas



cubierto de sarna?
Murciélagos, cerdos,
perros chingos, orín
rancio, comida podrida...
cuartos oscuros y
asfixiantes llenos de ratas
orinándose en las esteras.
¡Y las moscas! ¡Malditas
moscas que se multiplican
de solo mirarlas! (*A un gesto
despectivo de Nadal, continúa
apasionado.*) ... prostitutas
sifilíticas fornicando
llorosas en los zaguanes de
la vecindad, porque
adentro no hay espacio

para hacerlo sin que alguien se queje.

ELENA.— Pero Mario, qué culpa...

MARIO.— (*Enfurecido.*) ¿Y a quién le debemos los maravillosos adelantos en la higiene social, de la planificación apolínea y de ese progreso civil inconmensurable que todos nos merecemos por ser los hijos bastardos de esa igrandísima hija de la gran puta de su...

ELENA.— ¡Ten cuidado lo que vayas a decir!

MARIO.— ...Alteza Real Doña Isabel II de España? (*Silencio largo y pesado de todos.*) Ya lo dije...



¿qué más da? Y usted, que tiene toda el agua que puede sanarlo, no quiere dar por él ni una miserable consideración.

NADAL.— ¿Cómo prueba que el agua sucia es la causante?

MARIO.— ¡Por que se están muriendo!

NADAL.— ¿Y a esos negros es que usted quiere ayudar?

MARIO.— Sí, a negros esclavos, a monjas y prostitutas, reyes y morrocollos, ricos y muertos de hambre, ¡porque son seres humanos! ¡Toda clase de seres humanos que necesitan ayuda ahora! Necesitamos abrir un camino de suplido hasta San Juan. Caminos de relevo, cruzar los cordones sanitarios, carretones que vayan y vengan... que ustedes, los hacendados, ayuden a los médi...

NADAL.— No. No tengo que ayudar. Nadie me ayuda.

MARIO.— Pero ¿qué ayuda necesita usted? Tiene usted agua de sobra y en vez de darla a los enfermos, ¡se la da a sus vacas!

NADAL.— Mis vacas valen mucho más que su caterva de negros mugrosos. Mire, yo no creo que la solución sea tan sencilla...

MARIO.— Por algo debemos empezar.

NADAL.— (*Pausa.*) Yo le invite a esta casa para que cuidara de la salud de mi mujer. No había

cólera entonces. Ella estaba más saludable que una cerda regordeta. Ese vientre podía dar a luz un ejército de soldados de Cristo. Y mírela ahora. Está magra, ojerosa. Huele mal. No importa cuánto perfume se embadurne, ya es solo un ánima... ¿Acaso no le pegó usted alguna cosa?

ELENA.— No vuelvas con lo mismo.

NADAL.— ¿Y de quién es la culpa?

MARIO.— ¿Podemos hablar sin usar la jodida palabra “culpa”?

NADAL.— De usted. Desde que usted la poseyó como un verriondo perro en celo...

ELENA.— ¡Nadal, ya basta!

NADAL.— ...allí debajo de la cascada. ¿Creen que no los vi? Juré matarlo ese día. Pude dar la orden a mis negros, pero no... lo vi todo. Todo. Y con mis ojos, Dios también lo vio.

MARIO.— Yo le estoy hablando de una tragedia nacional ¡y usted me reprocha sus cuernos!

NADAL.— ¡Usted trajo la tragedia a esta casa! ¡Ahhh! Aquella *agua funesta* que los bañó aquel día, no les lavó del pecado más horrendo que ser humano alguno puede cometer. El sucio adulterio. Pero ella, en el fondo es barragana, es verrionda, porcuna, cerdosa... (*Pausa.*)

ELENA.— ¡Basta ya, Nadal!

NADAL.— Usted la fornicó violentamente debajo de la cascada del manantial del que ahora usted me pide unos latones de agua para salvarse. ¿No le parece una inquietante paradoja?

MARIO.— Usted está delirando.

NADAL.— Agua pulcra como una lágrima de Dios.

ELENA.— Nadal, puedes burlarte de mi infidelidad, si quieres; pero no me harás cómplice de tu rencor y tu venganza. (*Se le acerca, imperiosa.*) Ya me cansé, ¿me oyes? (*Poderosa.*) ¡Dije que ya basta! Dale la maldita agua.

NADAL.— Soy el hombre de esta casa y tú obedeces.

ELENA.— ¿Y si no me da la gana?

NADAL.— (*La empuja. A Mario.*) Mi fe -idonde habla la justicia de Cristo!- ya dictó sentencia sobre su petición.

MARIO.— Nadal, escuche, es solo un poco de agua, ¡tengo que salvar a mi madre!...

NADAL.— (*Pausa.*) No hay agua para nadie. Si fuera posible, le haría devolverme la que cae de su pelo mojado.

ELENA.— ¡Es solo agua, por Cristo!

MARIO.— No pongas a Cristo en tu boca indecente.

ELENA.— Maldito hijo de pu...

NADAL.— (*Subiendo la voz.*) Si toman una sola gota de agua de nuestro manantial, no saldrán vivos de aquí.

ELENA.— Si me da la gana, ¡se la doy yo!

NADAL.— Si lo haces, te vas de aquí con él.

ELENA.— ¡Esta casa es la herencia de mis padres! Así que ten mucho cuidado como te me

impones.

NADAL.— Napoleón nos dejó un Código que conoces muy bien. Eres mi mujer. Me perteneces, como me pertenecen mis negros y mis vacas.

ELENA.— ¿Por qué quieres retenerme si te odio tanto? Porque te odio, Nadal, con todo mi corazón y mi memoria, te odio. *(Nadal le da una sonora bofetada.)*

MARIO.— ¡No voy a permitirle...!

NADAL.— No soy yo el que golpea. ¡Es Dios a través de mí! *(Nadal saca un revólver y apunta a Mario.)* ¡Y nadie reta a Dios! Usted se monta en su caballo, y se regresa a San Juan ahora mismo.

ELENA.— ¡Ya es de noche, Nadal! No son seguros los caminos.

NADAL.— No me importa. ¡Largo, fuera! Y tú, puta, ¡a tu cuarto!

MARIO.— *(Pausa. Muy hondo y verdadero.)* Se lo suplico. Solo agua, algunos limones... *(Nadal amartilla.)* Se lo suplico.

ELENA.— ¡No le supliques! Este marrano no merece eso de ti.

NADAL.— ¡Largo de mi casa!

ELENA.— Se quedarán en la caballeriza y se irán con la primera luz del sol. ¡Dije yo! *(Nadal le apunta y al darse cuenta de que no se atreverá a disparar.)* ¡Dije yo!

NADAL.— *(Baja el revólver.)* Con la primera luz del sol. O terminarán muertos él y su negro. *(Pausa.)* Yo también te odio, Elena. Nuestro matrimonio fue un estupendo negocio. *(A Mario.)* Con el primer rayo de sol. *(Mario sale.)*

V

Mario sale al encuentro con Martín.

MARIO.— ¡Nos vamos!

MARTÍN.— ¿A esta hora? ¿Está usted loco?

MARIO.— Tenemos buena luna, vamos.

ELENA.— *(Que lo ha seguido.)* Te irás en la mañana.

MARTÍN.— Tan pronto aclare, hacemos camino. ¿Dónde pasamos la noche?

ELENA.— A la caballeriza. Déjanos solos un momento. *(Martín mira a Mario.)*

MARIO.— Si no te es molestia, amigo mío.

MARTÍN.— Ninguna. Con su permiso. *(Sale.)*

ELENA.— *(Lo toma de la mano y van a una esquina.)* Escucha...

MARIO.— Escúchame tú. Mis colegas ya no saben qué más hacer para contener la montaña de muertos. ¿Conoces algún otro manantial cerca?

ELENA.— No llegarás tan lejos. Están en la cordillera y no serán horas, sino días de camino. Te quedan las quebradas y los ríos.

MARIO.— Hay cadáveres en las quebradas, habrá sangre y vómito por cuanto riachuelo nos

encontremos. Se ve que nunca has sentido “la fragancia divina” de un cadáver pudriéndose en el agua. Tenemos que ir a los manantiales que aún están limpios.

ELENA.— Pues, ¿qué le vamos a hacer?

MARIO.— ¡Solo un poco de agua limpia para salvar vidas!

ELENA.— Por favor, es agua... simplemente agua.

MARIO.— ¡El agua está aquí! No puedo llevármela como si fuera mía. Empecemos porque no sé cuántas escopetas me están apuntando ahora mismo.

ELENA.— Los negros no me van a disparar. Ni a ti, si me tienes abrazada. Vamos, abrázame.
(*Ella lo obliga.*)

MARIO.— Prometí a mis colegas que regresaría con agua al menos para las medicinas.

ELENA.— Te llevas el agua fresca de mi amor... ¿qué más quieres? (*Va a besarle, él la empuja.*)

MARIO.— Ya, ya no más, Elena. (*Mira a todos lados.*) ¿Cuántos son?

ELENA.— ¿Quiénes?

MARIO.— Los esclavos de tu marido. ¿Son los mismos que yo conocí?

ELENA.— (*Vacila.*) No sé. Los cambia cada semana, o cada mes, no sé..., yo no me meto en sus asuntos. Siéntate aquí, al lado mío. Ven.

MARIO.— (*La mira intenso.*) ¿Por qué estás tan pálida? No estabas así hace tres meses. Déjame verte los ojos. Está muy oscuro aquí. Los brazos, abre la boca...

ELENA.— No tengo cólera.

MARIO.— ¿Cuánto hace que estás así? Esas ojeras... ¿Cómo te has sentido? ¿Tienes vómitos...?



ELENA.— ¡No tengo cólera! Dejé de comer. Eso es todo. Solo tomo agua con limón y algunas verduras. Y camino y sudo mucho. Haría el amor cinco veces al día, pero no tengo con quién.

MARIO.— Te ves enferma.

ELENA.— ¡No tengo cólera! Me dará si me sigues preguntando.

MARIO.— ¿Entonces que tienes?

ELENA.— Melancolía. (*Fuguetona.*) Es tu culpa. Todita tuya. (*Muy honda, verdadera.*) Si tú estás

conmigo, morirme no será un castigo.

MARIO.— Sabes que nunca te he creído. Elena, tú solo amas a una persona.

ELENA.— A ti.

MARIO.— No. A ti. Eres vana, superficial, egoísta, mezquina, mentirosa, hipócrita. Eres vil y ... se me acaban las palabras.

ELENA.— ¿Eso piensas de mí?

MARIO.— Consígueme el agua que necesito y pensaré de otra manera. *(Elena finge un llanto penoso. Él sonríe.)* Eres una suripanta de las peores. Solo quien ama de verdad puede decir la verdad. Y tú mientes... todo el tiempo.

ELENA.— Fuiste tú el que se fue. Me dejaste deseándote. Tenía furores inaguantables... le pedía al viejo inmundo que me tocara, aunque me diera asco, pero Dios se lo prohibía... y ya no puedo beber porque el ron me destroza las entrañas... pero daría mi...

MARIO.— ¿Cómo que no puedes beber? Siempre bebes, te gusta estar borracha. ¿Desde cuándo te duele beber? ¡Dime! Déjame tocar tu estómago... ¿Desde cuándo...

ELENA.— ¡No me toques! ¡Estoy tan sola, amor mío!

MARIO.— ¡Dime!

ELENA.— ¡Sola! ¡Muy sola... entiende la inmensidad de esa maldita palabra! ¡Sola!

MARIO.— ¿Quieres que crea que estuviste “sola” tres meses?

ELENA.— Lo que yo haya hecho con mi cuerpo no te debe importar. Mi alma era tuya.

MARIO.— Estás enferma, Elena. No puedo saber lo que tienes si no me dejas examinarte.

ELENA.— Estaré endemoniada entonces. Enferma de deseos. Desear, desear siempre, quemarse de pasión, de hambre de sexo, de fuegos bajo la enagua y relámpagos en el vientre....

MARIO.— Basta ya de sexo, me repugna.

ELENA.— ¡Eres un romántico salvaje! Y para ustedes los románticos nada, inada! es más importante que el sexo.

MARIO.— ¡Tú no sabes de lo que sentimos los hombres!

ELENA.— ¡Pobrecito! Han explotado y oprimido a las mujeres desde que Dios creó a Adán, y ahora quieres que a Eva le importen sus magulladitos sentimientos. ¡Mario, vamos!

MARIO.— *(Pausa.)* Mientras mi padre gastaba nuestro dinero en los puteros de la Calle Luna, mi madre me hacía jurarle que algún día yo sacaría al miserable viejo de esa execrable vida que ya lo había dejado ciego. Yo... no llegué a tiempo para salvarlo. *(Pausa.)* Me detuve en la puerta de aquella sucia vecindad donde las niñas se venden por medio real... y allí estaba él, tirado desnudo en una mugrienta estera, su arrugada piel llena de pústulas y chancros, con sus ciegos ojos buscando un Dios que no existe, ante la mirada imbécil de alguna asustada putita adolescente que se cubría su desnudez con su mal disimulado pudor infantil. *(Silencio largo.)* Tu marido tiene

razón en algo: hay gentes que no merecen vivir, porque hacen sufrir mucho a los demás.

ELENA.— Tú y yo merecemos vivir... juntos.

MARIO.— ¡Maldita mujer loca, ¿es que solo puedes pensar en ti?! (*Ella se separa de él asustada.*)

¡Hay gente muriéndose en las calles!

ELENA.— No me importa.

MARIO.— Lolita espera por el agua que yo debo llevarle. Si no... se morirá.

ELENA.— No me importa.

MARIO.— Mi madre lleva días bebiendo agua de un pozo asqueroso y quizá...

ELENA.— No-me-importa. Solo me importas tú.

MARIO.— ¡Pero tú ya no me importas, Elena!

ELENA.— ¡Shhh! ¡Hablemos de nosotros! Eso es lo que sí importa. (*A sus pies.*) Siempre te recuerdo desnudo.

MARIO.— ¡Siempre desnudo!

ELENA.— ¡Adoro la desnudez! Sí. Desde pequeña, me fascinaba caminar desnuda por la hacienda, a la vista de los esclavos, que se reían de mis tetitas de huevo frito. Mi madre gritaba enfurecida, “¡Elenita, cúbrase que los negros no merecen ver tanta blancura!” ¿Pero acaso soy yo blanca?

MARIO.— No, no lo eres, ni yo tampoco. Y tu marido menos. ¿Cómo es posible que algo tan evidente no pueda asumirse como una verdad?

ELENA.— Porque nos iguala a los negros.

MARIO.— ¿Y qué problema hay en que los seres humanos seamos iguales? ¿No es eso lo que pregonan tus dioses, que todos somos iguales ante sus ojos?

ELENA.— Dios se equivoca porque no es rico como nosotros. Pero escucha, no he terminado mi cuento. Luego, de adolescente, me fascinaba meterme desnuda bajo la cascada a hacer el amor con mi primo, el que fusilaron por conspirador. ¿Te conté de él? Todavía lo lloro. (*Pausa.*) Y ya de adulta, me gustaba montar a caballo desnuda como Lady Godiva y correr por todo el Hato acariciando con mis pechos las crines de los caballos. Era tan sensual... Los caballos siempre me han parecido más limpios que los hombres. ¿Te has fijado en sus...? ¡Son inconcebiblemente grandes! ¡Y cuando se yerguen... ¡Cristo, que espectáculo!

MARIO.— Eres tan vulgar.

ELENA.— ¡Soy poética! Cuando te recuerdo desnudo... me detengo en tu boca hambrienta de luces, en tu mirada inteligente, en tu pose de sabio iluminado... Eso me excita muchísimo. A veces no sé qué es lo que más me gusta de ti: si la belleza de tu cuerpo o la salvaje sabiduría de tu mirada.

MARIO.— ¿Cómo puedes pensar en sexo en medio de tantos cadáveres?

ELENA.— Miro tus manos... las acaricio suavemente. Las veo sobre mis senos, mi boca se abre buscando el suspiro relajante... dejo que corran por mi pecho, mi vientre, mi sexo... que entren

cuando más me urgen... eso es la libertad.

MARIO.— ¡Tú quieres ser libre, pero no quieres que nadie lo sea contigo! Es el mal de la propiedad. Por eso tu marido no me da el agua que necesito, ni tú harás nada por ayudarme. Porque, aunque ustedes dos sean los dueños del agua y yo esté convertido en un humillante predicamento, ustedes son los que terminan siendo esclavos de ella. Necesitan el agua para sentirse poderosos. Para sentirse superiores a los demás sedientos de la tierra, y por eso quieren vernos de rodillas, aunque digas que te hiera verme suplicando.

ELENA.— ¡No es cierto! ¡Yo quiero ayudarte!

MARIO.— ¡¿Y cuánto me costará, Elena?!

ELENA.— Mario, yo solo quiero que tú...

MARIO.— ¡Qué contradicciones más hermosas encierra esa vagina tuya! Quieres verme de rodillas, pero no quieres que suplique. ¡Es muy político eso! Quieres y no quieres, quieres ser libre pero no puedes vivir sin encadenarte. *(La toma por el brazo con violencia.)* Deseas que te posea esta misma noche, aquí y ahora, ¡pero no puedes hacer nada por mí!

ELENA.— Haré lo que me pidas.

MARIO.— ¡Consígueme el agua!

ELENA.— *(Pausa. Asustada primero, se vuelve engreída y agresiva.)* ¡Consíguela tú! ¿Qué? ¿No eres suficiente hombrequito para eso?

MARIO.— ¡¿Tanto le temes a tu marido!?

ELENA.— Te salve la vida esta noche. *(Como si lo oyera decir “gracias”).* “No hay por qué”...

MARIO.— Eres la asustada putita adolescente que mira a su cliente muerto sin saber qué hacer. Y sobre todo sin saber si cobrará su dinero a pesar de todo.

ELENA.— Sí, quiero cobrarte. Págame estos tres meses de desearte en la más horrible soledad. Y entonces, solo entonces... ¡pensaré si te doy la maldita agua que necesitas para salvar a tu vieja madre y a la puta imbécil de Lolita! *(Mario la golpea con la peor violencia y huye, pero ella, ágil, corre hacia él y lo abraza desesperada, lo besa salvajemente.)*

MARIO.— ¡Puta endemoniada! *(La separa, ella lo fuerza, mete su mano en su pantalón, hace de todo hasta que él ya no pueda resistir... y no se resiste. La luz de luna de la noche seca y calurosa se desvanece lentamente entre sus quejidos.)*



VI

Nadal entra pistola en mano.

NADAL.— ¡Felisa! ¡Felisa! *(Felisa entra.)* ¿Dónde está mi mujer?

FELISA.— Usted sabe, ¿para qué pregunta?

NADAL.— No seas respondona, maldita negra.

FELISA.— Pues si usted no lo sabe, pregúnteselo a Dios, ya que usted habla tanto con él.

NADAL.— *(Se le acerca amenazante.)* ¿Con quién te crees que estás hablando?

FELISA.— Hablo con usted. ¿qué más quiere de mí? Tengo sueño y me quiero ir a dormir.

NADAL.— ¿Y con quién vas a fornicar hoy que tienes tanta prisa?

FELISA.— Aquí el único que me lo hace por la fuerza es usted.

NADAL.— ¡Con Ezequiel! Ah, qué negro más suertudo. Puede venir y poseerte cuando quiera, y como quiera. ¿Es eso? *(La toma por el pelo.)* ¡¿Es eso?!

FELISA.— Yo no sé de qué Ezequiel habla usted. Yo no conozco ningún Ezequiel.

NADAL.— Ezequiel, o Jeremías, o Isaías, o Miqueas o Zacarías...

FELISA.— ¡Yo no sé de quiénes habla usted!

NADAL.— Y de ellos no te quejas.

FELISA.— Aguanto porque tengo que vivir.

NADAL.— Así que te importa mucho tu vida.

FELISA.— Sí, mi vida.

NADAL.— La vida de una negra no vale nada.

FELISA.— Usted muy blanco no es. *(Nadal le propina una sonora bofetada. Ella responde con igual violencia y le ataca.)* A mí no vuelva a pegarme, maldito viejo... *(Nadal la reprime con fuerza torciéndole los brazos.)* ¡Suélteme!

NADAL.— Nunca más me volverás a poner la mano encima...

FELISA.— ¡Lo haré mil veces más si usted me la pone a mí!

NADAL.— ¿Te gustan mis castigos que los andas retando?

FELISA.— *(Se suelta. Brava.)* ¡Usted duerme y ronca toda la noche, usted come de mi cocina! Usted bebe del agua que yo le busco. Toma el jugo que yo preparo. ¿Y lo hace usted tan tranquilo? ¿De verdad es usted es tan confiado?

NADAL.— *(La empuja contra alguna silla y le mete la mano bajo su falda para levantársela. Ella se resiste. Él pone la pistola en su cabeza.)* ¡Quieta, cochina! Aquí siempre termina tu arrogancia. *(Se busca su miembro para violarla.)*

FELISA.— ¿Y si los que usted dice que me hacen esto... no están limpios? ¿Sabe usted si yo estoy enferma de tantos hombres que usted dice que yo...?

NADAL.— Dios me dice que debo castigarte con toda mi furia para que aprendas cuál es tu lugar.

(Insiste.)

FELISA.— ¿Y Dios no le ha dicho que si insiste en hacerme esto, ¿usted se puede morir? ¿Si no soy yo con mi “negra suciedad”, la que le estoy enseñando su lugar? *(Nadal se detiene.)* Si usted no quiere oír a Dios, pues vióleme otra vez, siga, a mí ya no me importa. Me han violao tantas veces en nombre de Dios, que una más no hace diferencia. *(Nadal se retira finalmente, atribulado.)*

NADAL.— ¡Cállate ya, sucia negra! ¿De dónde demonios sacas tantas palabras? *(Felisa se yergue ante él, inmensa. Silencio largo de Nadal en que la mira conteniendo su ira.)* No sé, no sé por qué Dios... por qué Dios me hace necesitar a la gente que más desprecio. ¡Ve y busca a mi mujer! ¡Ahora!

FELISA.— ¡Búsquela usted! O mande a sus esclavos con escopetas a buscarla, a ver si viene. Yo no creo que venga. Al ama no le gusta que la interrumpen cuando la está pasando tan bien. *(Felisa sale sin prisa y en reto.)* A la luz de luna, ¡qué lindo debe ser!

NADAL.— *(Rendido.)* ¡Busca... busca a... busca a mi mujer! *(Nadal mira su pistola, no hay nada que pueda hacer para evitar su derrota, y la guarda.)*





ACTO TERCERO

I

MARIO.— Descansemos aquí un momento. Los caballos no pueden más,

MARTÍN.— Está bien.

MARIO.— Salimos de allí sin ni siquiera agua para nosotros.

MARTÍN.— *(Saca una cantimplora.)* La muchacha nos llenó esto. *(Se la ofrece.)* Déjeme un poco.

MARIO.— Este calor... me sudan hasta los ojos. *(Toma un poco.)* Me enfurece tanto viaje para nada.

MARTÍN.— Algo siempre se saca. Tenga. Me deja la mitad. *(Le lanza una pequeña mochila que escondía bajo sus brazos.)*

MARIO.— *(Mario la toma y saca varios gruesos limones.)* ¡Maravilloso!

MARTÍN.— *(Sonríe.)* No pregunte.

MARIO.— ¿Pero cómo...

MARTÍN.— Le dije que no preguntara. *(Sonríe de nuevo.)* El agua de limón cura hasta los malos pensamientos. *(Le quita la bolsa.)* No darán para mucho, pero por lo menos para Doña Lolita y para su mamá, le pueden remediar.

MARIO.— Son muy necesarios, Martín. El ácido del limón es remedio natural para cualquier

infección.

MARTÍN.— Igual que el ajo, porque apesta.

MARIO.— Apesta, sí y mucho. Cuando tengamos agua limpia te sugiero que te des un buen baño.

MARTÍN.— Este olor es el que me aleja tó lo malo.

MARIO.— ¿Y no pudiste traerte algo más? ¿Los esclavos de Nadal te vieron?

MARTÍN.— Yo no los vi, pero si ellos me vieron, me extraña que no me hayan pegado un grito o me hayan dicho algo. Negro no mata negro así porque sí.

MARIO.— Pero el cólera nos mata a todos por igual. La muerte todo lo iguala, Martín.

MARTÍN.— Dicen que el amor también. *(Se encoge de hombros.)*

MARIO.— Amor... joder. ¿De veras crees que amo a Doña Elena?

MARTÍN.— Yo no sé. Pero los suspiros que yo escuché anoche eran bastante... igualitos... *(Mario lo mira sonreído.)*

MARIO.— ¿Y te parece una locura?

MARTÍN.— El mundo está loco, doctó. No trate de ponerle cacumen a lo que no lo tiene.

MARIO.— Ella casi me obligó.

MARTÍN.— Y usted no pudo resistirse, me imagino. *(Ríe.)*

MARIO.— Vamos, Martín... ¡Yo tampoco entiendo por qué todo en esta maldita vida siempre termina en complacernos el jodido sexo!

MARTÍN.— No todo. Todavía nos queda luchar por los demás. *(Le ofrece un diente de ajo. Mario lo rechaza.)*

MARIO.— Vamos... tenemos que llegar a tiempo donde Lolita. *(Música.)*

II

Mario encuentra a Felipe. Martín cerca.



FELIPE.— ¿Qué pasó Mario? No veo agua ninguna en los barriles ni en los latones de tu carreta. ¿A qué te fuiste entonces?

MARIO.— Lo siento, hermano. No pude.

FELIPE.— ¿Cómo que no pudiste? Pero... *(Pausa. Su decepción es grande.)* Me dijiste que confiara en ti. ¿Sabes cuántos se han muerto desde que te fuiste ayer hasta esta maldita hora en que llegas? ¡16 muertos. ¡16, Mario! y solo de este hospital. Que yo no llevo cuenta de los demás. Toda esta gente tiene los intestinos podridos. ¡Las diarreas, los vómitos, terminarán por inundar la ciudad!

MARIO.— ¿Qué querías que hiciera? Todos los manantiales de aquí al Piñal están contaminados o secos. La sequía no ayuda. No hay ni siquiera un lavajo limpio. Y esta cólera se contamina en

cosa de horas. Allá en los campos hay tantos muertos como aquí.

FELIPE.— ¿Crees que no sé a dónde fuiste? No soy tonto, Mario. Es una ciudad grande, pero los chismes lo son aún más. El manantial más grande del Piñal es de Don Augusto Nadal y de su mujer, la que tu...

MARIO.— Ya... no digas más. No quiso darme ni una gota.

FELIPE.— Bueno, pues con esa negativa también se jode la pequeñita esperanza que nos quedaba a ti y a mí. Los Facultativos del Hospital Central quieren seguir haciendo vomitar a los pacientes. No podemos hacerlos vomitar, iles los estamos deshidratando! Y hoy ha llegado noticia en *La Gaceta* de que el amoniaco cura el cólera. ¡El amoniaco, por Cristo! Todo el mundo corrió a embocarse el puñetero amoniaco que quedaba en la botica y ya tenemos varios casos de envenenamiento. ¿Quieren curarlos o matarlos? Además, el amoniaco necesita agua para disolverlo, itenemos que meter hidrógeno en esas venas!

MARIO.— La deshidratación es peor que la miasma.

FELIPE.— No hay pomadas para las fricciones, ni siquiera las Monjitas de la Caridad quieren ayudarnos ya, hay varias de ellas en la etapa final... ya no queda nada sino sentarse a verlos morir de algo que ni sabemos cómo es, ni cómo llega ni cómo se transmite.

MARIO.— Es el agua sucia, te lo he dicho.

FELIPE.— Pero no puedes probarlo. No tienes agua limpia ni siquiera para hacer un miserable experimento.

MARIO.— No. Solo tenemos... ideas.

FELIPE.— ¿No te parece eso el peor abandono de Dios? Dejarnos morir llenos de ideas... Si esto es una prueba de Dios como está diciendo el Obispo, entonces Dios es cruel y despiadado. Qué bueno que no crees en él.

MARIO.— Nada de esto tiene que ver con dios alguno. Es un microorganismo, un bacilo en el agua. Y si no tenemos agua limpia, habrá que embriscarse a la montaña. No sé cómo el Gobernador no ha ordenado la evacuación de la ciudad.

FELIPE.— El Dr. Alonso se fue a su casa con un fuerte dolor de cabeza. Y el Dr. Martínez estaba vomitando en los camerinos del teatro la última vez que lo vi. Su mujer y su hija lo abrazaban desesperadas. En la platea del teatro hay más de 50 personas que han caído con colerina y varios más que ya... es cuestión de horas. *(Pausa.)* Además, yo no me siento muy bien. Pero no me rindo. Tengo vergüenza. Y si todos los facultativos se han de morir, o se van a la montaña a fornicarse mujeres ajenas...

MARIO.— ¡Estoy buscando una solución!

FELIPE.— Yo me quedo aquí, hasta que la maldita cólera decida.

MARIO.— Felipe, eres médico y me honra inmensamente que me digas eso...

FELIPE.— ¿Te honra que cumpla con mi deber? ¿Un deber que también es el tuyo? ¡Nosotros

juramos, Mario!

MARIO.— ¡No es nuestro deber morirnos! ¡Estoy tratando!

FELIPE.— ¿Tratando de qué? ¿De huir de tu responsabilidad? ¡Es aquí donde hay que tratar! ¡Es aquí donde te necesito!

MARIO.— Si alguien no va a por el agua, por más que honremos nuestro oficio, esta gente se muere, Felipe.

FELIPE.— Yo no puedo irme así como lo hiciste tú, isin un ápice de culpa! Yo también tendría que ir a ocuparme de los míos. Y hace más de dos días que no bebo ni una gota de agua. *(Martín saca la cantimplora y le da.)*

MARTÍN.— Déjenos un poco. *(Felipe la toma en frenético desespero, y cuando va a excederse, Martín se la arrebat.)* Disculpe usted.

FELIPE.— Mi mujer vino a decirme que el agua de los pozos está tan sucia, que los filtros están tapados de mugre. Ha tratado de hervirla, pero está tan sucia que no aclara por más que se hierva. El aire está lleno de moscas y las ratas han empezado a salir de las grietas de los cunetones. Esta ciudad murada es una trampa. ¿Qué vamos a hacer, Mario? Y en ese cielo no hay una sola nube. ¿Tendremos que pelearnos por una gota de rocío?

MARIO.— *(Mirando.)* Y allá en la Fortaleza del Gobernador... ¿qué agua estarán bebiendo?

FELIPE.— Yo no sé si es cierto o no, pero dicen que la hija del Gobernador tenía colerinas ayer. Y que hay un barco en el puerto esperando por él.

MARIO.— Y ese fue el mismo hijo de puta que mandó a madrear a los negros que iban a por agua. Martín puede contarte.

MARTÍN.— Le puedo enseñar los culatazos en mi espalda.

MARIO.— Tengo que ir a ver los míos, Felipe.

FELIPE.— ¿Volverás?

MARIO.— Sí, volveré. Te lo juro. Volveré.

FELIPE.— Juras en vano. Pero se oye bien. Te espero. Yo no me moveré de aquí. Solo espero que cuando veas a tu gente morir, estos miserables no te parezcan poca cosa. Anda vete, y que Dios te prepare para la tragedia. *(Sale.)*

III

Don Gavino, vestido de lúgubre capirote, carga en las sombras una gran cruz y entona un canto de procesión. Levanta la cruz y recita algún latinajo de súplica católica. Rodeado de dos o tres capirotos que cantan con él.

Al ver que se acercan Mario y Martín, se quita el capirote con rabia, entrega la cruz a alguien y con inmensa furia levanta ambos puños para golpear a Mario quien se retira un tanto asustado. La voz de Gabino

retruena.

GAVINO.— ¡Hijo de Satán! ¿Dónde está el agua pura que nos prometió? (*Va a golpearlo, Martín interviene.*)

MARIO.— Espere... ¿Cómo está Lolita? ¿Qué hace usted aquí que no la está cuidando? ¿Consiguió todo lo que le pedí? (*Ante el silencio furioso de Gavino.*) ¿Por qué no me habla? ¿Cómo sigue Lolita? Mi Lolita, ¿cómo está? Si no me dice algo, entraré por la fuerza a su casa y la cuidaré yo.



GAVINO.— (*Baja los puños y con una gran exhalación comienza el breve relato conmocionado.*) Al usted salir de su habitación, ella lloraba de alegría. Incluso se levantó como pudo y fue a la ventana a ver si lo veía marcharse a buscar esa agua milagrosa que la salvaría de su mal: esa agua estaba en el manantial de la hacienda de su amante, Doña Elena Echevarría la mujer de Augusto Nadal, allá en los cerros del Piñal.

MARIO.— Dígame cómo está Lolita. (*Va a salir y él lo detiene.*)

GAVINO.— Allí en la ventana, en pleno sol de ese mediodía horno, se quitó la ropa delante de todos y abrió sus pechos al sol en un grito furioso que aún retruena en mi cabeza... “¡Mario, amor mío, ya me has salvado!”. Eso gritó. (*Silencio.*) ¿Qué mentira le dijo usted? ¿Qué trampa le tendió usted a su pobrecita esperanza para que ella pensara que usted...?

MARIO.— ¿Qué pasó? ¡Hable ya de una vez!

GAVINO.— Y entonces, así toda desnuda y herida de sus miles moretones negros, fue atacada sin piedad por esos insectos invisibles que se apoderaron de su piel, de sus famélicos músculos, le su boquita que en un rictus horrible se torció con fuerza destrozando sus pequeñitos dientes! (*Llora.*) ¡Mi pobre Lolita, mi santa hija!

MARIO.— (*Tampoco puede contenerse.*) ¡Hice todo lo que...

GAVINO.— ¡Usted le mintió! Le alegró la poquita vida que le quedaba para después matarla.

MARIO.— ¡Ella lo hubiera preferido así!

GAVINO.— Me mintió a mí, a su madre, a todos. Usted dijo que, si la cuidábamos, ella viviría.

MARIO.— Lolita estaba condenada. Yo solo traté de prolongar un poco...

GAVINO.— En un vómito furioso se fue de bruces al suelo, retorciéndose de aquellos agudos puñales que penetraban su pancita llena de pus y sangre. Estaba desnuda en el suelo, mirándonos llorosa como un animalito nacido para la muerte. Y no puedo decidir si su última mueca era de alegría por usted ...o de espanto por usted. Y en su cuerpecito, ya azul de tanta esperanza fallida, no hubo más que miasma... porquería, carne sucia y muerta... lo que fue mi

santa hija, era un despojo... por su culpa.

MARIO.— ¡Qué culpa tengo yo de...

GAVINO.— Quiera... quiera Dios le colme, no de bendiciones, sino de tremebundas culpas.

MARIO.— ¡Si hay alguna culpa, es la suya, señor!

GAVINO.— No hay culpable más atroz que aquel que vende esperanzas de vida negociando con la muerte.

MARIO.— No hay agua limpia. En ninguna parte. ¡Si pareciera que Dios es quien ha causado todo esto!

GAVINO.— (*Iracundo.*) ¡Dios no es culpable! Son esos negros asquerosos que...

MARTÍN.— Ah, maldito viejo usurero... ¡Vaya a cogerla con los suyos, no conmigo!

GAVINO.— ¿Cómo te atreves a contestarme?

MARTÍN.— Yo soy un negro libre. ¡Puedo contestarle como me dé la gana!

GAVINO.— (*Demencial.*) ¡Malditos negros de mierda! ¡Deberían matarlos a todos!

MARIO.— ¡Ya basta!

GAVINO.— (*Despotricando en furia.*) Usted la mató. La mató de esperanza. Usted deshonra la medicina. No solo deshonra a Dios, deshonra hasta su propio apellido igual que lo hizo su padre en los prostíbulos de la calle Luna!

MARIO.— (*Lo agarra por la chaqueta con la clara intención de pegarle. Pero se contiene.*) ¡Hijo de puta!

GAVINO.— Ella le suplicó. Y le seguía suplicando mientras usted fornicaba una mujer casada en los cerros del Piñal. (*Se suelta.*) No olvide eso nunca. ... Ella le suplicó y usted le falló. (*Poniéndose el capirote.*) Ella le suplicó... no lo olvide. ¡Ella le suplicó! (*Toma la cruz, la levanta en el aire y grita:.*) Dio si vendicherà dei fornicatori e dei negri, perché sono i colpevoli di questa tragedia... In nomine Patri, e figlio, e spiriti sancti... (*"Dios se vengará de los fornicadores y los negros, porque son los culpables de esta tragedia".*)

MARTÍN.— Lolita se murió, doctó. Tenía cólera. Si a alguien le da cólera, se muere. Es así. Sus lágrimas no la van a revivir.

MARIO.— ¿Crees que tu franqueza hace que me duela menos?

MARTÍN.— (*Se encoge de hombros.*) Yo soy negro, doctó. Con nosotros se inventó el dolor. Vamos a ver a su madre. Venga... que quiero ir a ver mi muchacho.

IV

Se ilumina la madre sentada en su sillón, con la cabeza estirada hacia atrás, en un rictus doloroso pero inexpresivo. Mario entra, Martín en la puerta observa.

MARIO.— ¡Madre! Ya estoy aquí, ¿cómo te sientes?

MADRE.— (*Tiene la mano hacia él para que se detenga y no se le acerque.*) ¿Tú mismo me dijiste que no

nos podíamos acercar, verdad? Que no me puedes abrazar, ni besar...

MARIO.— *(Se arrodilla al pie de la mecedora.)* ¿Qué te pasa, mamá?

MADRE.— Me dio mucha sed. Ya estoy vieja... No pude aguantarme.

MARIO.— Mírame, déjame verte los ojos. Levanta tu manga, déjame ver tus brazos. Martín, apúrate y corta algún limón, avanza. ¡Estas toda sudada... y ese color en tu piel... iy no habrás comido nada! No, no, no... ¡Avanza, Martín! *(Martín obedece presto con una cuchilla que desdobra de su cinto, mientras ella delira, lo hace y luego da ambos pedazos a Mario.)*

MADRE.— No estoy bien, hijo. ¿Me trajiste agua limpia? *(Desvariando un poco.)* Martín... ¿no hay agua limpia, muchacho?

MARTÍN.— Ya usted verá, señora, cómo la vamos a curar.

MADRE.— Esa agua que me trajeron las primas, es agua funesta. *(Muy bajito.)* Aqua funesta...

MARIO.— Vamos, muerde este limón y trágalo... y toma un poco de esta agua. *(De la cantimplora.)* Vamos... bebe, así... ino, no, no tanta!... ahora otro poco de limón. Vamos, abre la boca... traga el zumo, vamos...

MADRE.— *(Lo hace, pero es muy amargo y lo resiente con violencia.)* ¡Ahhh! Mi estómago es un caldero bullendo... es rica esa agua. ¿No hay más?

MARIO.— Vamos, sí, toma un poco más, mamá, pero necesitas más limón, vamos; un poco más, abre la boca. *(Al hacerlo, un arqueo incontrolable, un vomito furioso sale de su boca, y que ella trata de ocultar malamente.)*

MADRE.— *(Lo aleja empujando las manos de Mario con la poquísima fuerza tembluzca que le queda.)* ¡No! ¡No te acerques tanto! ¡Por amor a Dios, hijo de mi alma! Tú mismo me dijiste que era por el bien de los dos... ino voy a enfermarte yo! Déjame, aléjate... el diablo sale en estos vómitos.

MARIO.— No hay diablo, madre. Estás muy enferma y tengo que sanarte, vamos, otro poco.

MADRE.— No, ya no, que me quemas la boca.

MARIO.— *(Perdiendo la serenidad.)* Otro poco, Mamá, ipor favor!

MADRE.— *(Bajito ya.)* No, no más... estoy toda vomitada... ¡Qué vergüen... *(Se limpia un poco con un sucio paño que tenía en su falda.)* Escucha... escúchame muy bien. Tu padre vino a buscarme... Sí. Estaba muy guapo, con su chalequín de seda y su sombrero andaluz y yo tan sucia... *(Muy avergonzada.)* Me hice encima, mijo querido... y tu liberaste a mi negrita que me ayudaba y yo... no tengo fuerzas para levantarme...

MARIO.— ¡Madre mía! *(Limpiándole su rostro, y tratando de verla en una desgarradora contradicción entre médico e hijo.)* Perdóname, Madre mía...

MADRE.— Perdóname tú a mi que me voy a morir y ya no podré cuidarte. Porque me voy a morir. Tu papá ya vino a buscarme, y me dijo que me amaba... ¡Tu padre nos quería tanto a los dos! *(Mario la abraza vencido y arrobado por el dolor.)* ¡No me olvides!

MARIO.— *(Viéndola expirar, sin poder hacer nada, solo llorar.)* Hasta muy pronto, Madre adorada. ¡Hasta muy pronto! *(Ya ha expirado en sus brazos. Martín se acerca, acomoda la madre en el espaldar de*

la mecedora.)

MARTÍN.— Ahora usted le va a dar cristiana sepultura a su madre. Y yo voy a buscar a mi hijo. Y si está bien, como yo sé que está bien, vamos a volver a buscar el agua. ¡Volvemos, usted y yo! Aunque nos cueste la vida. *(Toma una sábana oscura que habría en alguna parte, y cubre el cadáver de la Madre. Luego de hacerlo, hace algunas viejas señas, mientras recita algún ruego en su lejano idioma yoruba. Al terminar. Mira a Mario arrodillado sobre sus lágrimas.)* Aunque nos cueste la vida. Porque mi vida cuenta, señor. Mi vida también cuenta. *(Sale. Al Mario quedar solo frente al cadáver, ve las dos tapas de limón en el suelo. Toma una y de un rápido empujón, lo exprime jugoso en su boca. El amargo le hace gritar, como un discurso de culpa del que se libera. Exprime de nuevo, sigue tragando, con la otra tapa, una y otra vez en frenesí que termina con un grito brutal y desgarrador. La luz expira lento tras un trueno musical, que cruza a la próxima escena....)*



V

Al fondo, en la noche, la sombra de Nadal pasa leyendo un libro. Al tiempo en que desaparece, se ilumina Felisa peinando a Elena.

ELENA.— Traéme agua fresca, anda. *(Felisa sale, ella se peina un poco, pero el hastío y cierto dolor en su ingle la traicionan. Luego trata de mirarse al espejo desapasionadamente, se detiene. Toca sus ojeras, aprieta sus cachetes. Siente algo en su nariz, parece sangre. Toma un pañuelo de su bata y se limpia, y un tosido apagado pero fuerte le viene ligero, pero sospechoso. Entra Felisa con el vaso de cristal, con agua prístina.)*

ELENA.— *(Mirando el vaso aburrida.)* La pureza no existe. Mario dice, que aunque la veas muy clara, por dentro tiene demonios, insectos terribles que se meten en tu sangre. Pero... ¿y si ya estaban en mi sangre? A lo mejor todas las plagas ya están dentro de nosotros. Y el agua solo las... *(Bebe y entrega el vaso a Felisa. Al hacerlo, cae el pañuelo, Felisa lo toma y lo ve. Elena al ver que lo tiene se lo quita.)* No has visto nada.

FELISA.— Usted está enferma, Ama. Yo sé lo que es esto.

ELENA.— Te callas.

FELISA.— ¡Pero usted debería pensar en mí!

ELENA.— Si dices algo te mato... ¡te mato, negra!

MARIO.— *(Sale a medias de alguna sombra.)* No tienes que matar a nadie. *(Le arrebató el pañuelo que Elena trata de ocultar. Lo mira y entiende todo.)* ¿Desde cuándo...? *(Elena hace una seña a Felisa para que se vaya y ésta sale. Mira a Mario. Él sale a la luz y ella busca a ver si alguien los escucha.)*

ELENA.— ¿Cómo entraste? ¿Te vio alguien?

MARIO.— ¿Desde cuándo estás así?

ELENA.— No tengo nada. Estoy desmejorada porque como muy poco.

MARIO.— Tienes tisis, Elena. No sé cuán avanzada pueda estar, pero es obvio que alguien te la ha conta...

ELENA.— ¡No me muero todavía! De hecho, todavía podría curarme si tuviera quien...

MARIO.— Con buenos cuidados y tratamiento, tal vez... podrías.

ELENA.— No basta con todo lo que me he protegido del cólera y sus insectos invisibles. La justicia divina hizo que un miserable Sargento de la Guarnición me contaminara esto. ¿Qué te digo? Me gustan sus casacas abiertas con los pechos velludos, y los botones dorados, y los bigotes de punta y las barbas ralas que te pican cuando besas... *(Ríe como niña juguetona.)*...

MARIO.— Elena, ¿por qué te haces tanto daño?

ELENA.— ¿Qué esperabas que hiciera?

MARIO.— Que te portaras como una mujer decente.

ELENA.— El que me guste tener sexo no me hace indecente, ni a ti más decente el recordármelo.

Mide muy bien tus palabras conmigo. Dime, ¿a qué regresaste?, aunque ya me lo supongo.

MARIO.— Vine por el agua. Y me voy con ella.

ELENA.— Ya Nadal te dijo que no. ¿Cuál es el empeño? Sí, ya sé, tu madrecita, Lolita, los negros... ese sentido de filantropía tan... tan exagerado. ¿Qué culpa estás pagando con tanto sacrificio? Eres solo un médico de provincia, ¿crees que tienes el deber de salvar a todo el mundo?

MARIO.— Lolita murió y yo no pude estar con ella, porque estaba aquí contigo. Y a mi Santa Madre también me la llevó el cólera. Expiró en mis brazos su último aliento, recordando al hijo de puta de mi padre. Ahí tienes algunas de mis culpas en una sola oración.

ELENA.— *(De veras.)* Lo siento. *(Va a abrazarlo, y él se deja. Ella es honesta y hasta triste.)* Lo siento muy de veras. Lo último que quisiera en la vida es verte sufrir. *(Lo acaricia.)* Pero... cuando se nos mueren los que amamos, tenemos la obligación de buscar amores nuevos. Pueden morir nuestros cuerpos enfermos de plagas, acuchillados por la culpa, masacrados por la desesperanza, pero entiende que... que los que amamos... no son el amor. El amor es algo mucho más inmenso, más hondo, más urgente. El amor se necesita en la piel, en la pasión y el desencanto. El amor está por encima del amado, por eso no puede morir nunca. ¿Qué importa con quién esté mi cuerpo, si mi alma la entregué a quien de verdad adoraba? Y yo te adoro a ti. No puedo decirte más sobre eso.

MARIO.— Dijiste suficiente.

ELENA.— Ya no tienes nada que te ate a San Juan.

MARIO.— Tengo la obligación de salvar el mismo número de vidas que se perdieron con mi ausencia.

ELENA.— Si regresas, te enfermarás. Los médicos no son inmortales.

MARIO.— Si no regresara, ¿a dónde voy a ir?

ELENA.— Te quedas aquí conmigo, cuidándome. ¿Acaso no soy yo esa oveja perdida por la que abandonaste a las otras 99?

MARIO.— Deberías irte conmigo a San Juan. Allí puedo cuidarte.

ELENA.— No voy a irme de aquí por más enferma que esté. ¡Y menos a un ranchón de ciudad infestado de cólera! Tú puedes curarme aquí.

MARIO.— Pero, ¿estás oyendo lo que dices? Elena, eres una mujer casada, si quieres salir de la opresión de tu marido, si quieres tener alguna esperanza de que yo pueda curarte tienes que irte de aquí.

ELENA.— ¡Estas son mis tierras! Son las tierras de mi padre que por un sucio acomodo mercantil cayeron en las fauces de ese carroñero. El que tendría que irse es él, ¡el que tendría que morir es él!

MARIO.— *(Cínico.)* Muy bien. ¿Y qué vas a hacer para que él acepte que yo me quede junto a ti a cuidarte, otra vez? Él será cornudo, pero ciego no está. Y tan pronto me vea aquí, hará lo que

sea para matarme.

ELENA.— (*Silencio largo. Como si lo hubiera pensado -o soñado- por largo tiempo, pero en realidad se le acaba de ocurrir.*) ¿Quieres tu agua?

MARIO.— Voy a robársela. Mis deseos no están en discusión.

ELENA.— (*Llamando, caprichosa.*) ¡Felisa! ¡Felisa, ve y busca a mi marido!

MARIO.— ¿Qué haces?

ELENA.— El amor está por encima del amado. El amor está por encima de Dios mismo.

MARIO.— Estás llamando a la tragedia, Elena.

ELENA.— Pues entonces no tienes nada que temer, porque de ella es que tú vives. Felisa... ¿mi marido?

FELISA.— No sé aónde pueda estar a esta hora, ama.

ELENA.— Búscales donde quiera que esté.

MARIO.— ¡No des esa orden! Por favor, solo quiero un poco de agua y me iré...

ELENA.— Si quieres tu agua, te quedarás conmigo. Aquí, junto a mi. Me curarás. Me salvarás. Eres doctor. Estás obligado. (*A Felisa.*) Dile al cornudo celestial de mi marido, que venga a mi cuarto ¡ahora!

MARIO.— Felisa, espera...

ELENA.— ¡Muévete, maldita negra! (*Felisa sale. Lo toma por la chaqueta.*) ¡Yo quiero vivir!

MARIO.— Yo también, a pesar de todo.

ELENA.— Y también sabes lo que va a pasarte. Anoche nos besamos en la boca. En la misma boca con la que toso y sangro. Y nos besamos también por todas las orillas locas de nuestra piel. ¿No te sientes culpable ahora por los dos? ¿No sientes que ambos debemos cuidarnos el uno al otro, para poder gozar de nuestros cuerpos, en lo que nos llegue la hora de toser nuestra podrida



sangre?

MARIO.— ¿Por qué me llevas a esa orilla?

ELENA.— Me han dicho que los poetas con tisis, escriben sus versos más inspirados justo antes de exhalar su último suspiro.

MARIO.— La orilla del odio que hasta los náufragos rehuyen. ¿Quieres que te odie? Ya lo conseguiste.

ELENA.— Lo más que me excita de todo esto, Mario adorado, es saber que cuando yo me vaya a morir, ¡es cuando más te voy a amar! *(Lo besa trémula, pero apasionadamente. Él la empuja con asco.)*
O nos salvamos juntos o nos morimos juntos. ¡Pero solos nunca! Tú decides...

VI

Felisa sale presurosa. A la salida se encuentra con Martín, y se detiene asustada a mirarlo. Luego busca por todas partes.

MARTÍN.— Yo no he visto un guardia en toa la noche.

FELISA.— Están ahí, no se haga el que no los vio. Y le... le están... apuntando con sus escopetas.

MARTÍN.— Negro no mata negro.

FELISA.— ¡Shhhh! Que el amo lo va a escuchá. Me tengo que ir.

MARTÍN.— No. Tú me vas a decir dónde está el chorro con que voy a llenar esos barriles.

FELISA.— Yo no tengo por qué ayudarlo. Si me ven ayudándolo, me echan de la Hacienda.

MARTÍN.— ¿Estás segura?

FELISA.— ¿Qué sabe usted?

MARTÍN.— Eres tú la que debes saber por qué dejas que te trate así a cambio de un plato e' comida.

FELISA.— ¿Qué? ¿Me va a disparar otro cuento de África?

MARTÍN.— No. No más cuentos. Me vas a ayudar, y si te agarra tu “amo”, tú les vas a decir que un viejo bandolero negro que venía con el doctó, te apuntó con su revólver. *(Lo saca.)*

FELISA.— ¿Qué usted va a hacer con eso?

MARTÍN.— A ti nada; bueno, pero si no me dices dónde...

FELISA.— Negro no mata negro.

MARTÍN.— Bueno, pero aquí en tu cabeza, eres media blanquita.

FELISA.— ¡Está loco! Mire que me tengo que ir. Usted no es mi pai, así que no me joda. Bastante jodía me han tenido aquí desde que era una pecunía... ¿ia mi qué me importan las calenturas del ama con el doctó, o las bellaqueras del viejo gordo ese que se cree dios! Bah... ¿qué me importa que todos se vayan a morir? Lo que sí me importa mucho saber es ¿hasta cuándo una mujer es esclava? Porque yo ya me cansé.

MARTÍN.— Niña, no hay que ser babalao pa' saber que tú aquí no eres feliz. Y no eres feliz

porque no sabes lo que es la libertad. ¿Es que no te da vergüenza decir, ama, amo, si ama, si amo... como usted diga, amo...

FELISA.— La libertad no me sirve de ná si no tengo que comer. ¿No haría usted lo mismo que yo?

MARTÍN.— No, hija, mi libertad no anda por mi barriga. Pero antes de comer, primero tengo que tomar... *(Le enseña el revólver.)*

FELISA.— ¿De veras que usted me dispara si yo no le digo?

MARTÍN.— Sí, señorita.

FELISA.— Negro no mata negro.

MARTÍN.— Pero yo tengo un hijo negro de 13 años, a quien quiero más que a ná en esta vida y que estoy criando con la decencia y la valentía que mejor puedo. Y ese muchacho está esperando el agua que yo le voy a llevar pa' él y pa' su buela. Y yo se la voy a llevar, así tenga que caminar toa la Hacienda pa' encontrar ese bendito chorro.

FELISA.— Pero es que...

MARTÍN.— Es tu gente la que espera por esa agua.

FELISA.— Él tiene una pistola.

MARTÍN.— Yo también.

FELISA.— ¡Y me hace esas cosas asquerosas... *(Explota su llanto)*

MARTÍN.— ¡Shhhh! No serás la primera ni la última. Los blancos son así. Pa' ellos somos cosas. Ya Olodumare se encargará. Pero con la misma te digo que las lágrimas no ayudan mucho ahora. Y si uno no tiene nada que perder y mucho que ganar... en vez de llorar, uno se levanta y camina y ayuda a los demás.

FELISA.— ¿Y qué gano yo si tó esto sale mal?

MARTÍN.— Ya ganaste. *(Ella lo mira.)* Ganaste un cuento de África. *(Ella llora de nuevo.)* Solo dime dónde es el chorro de servicio, que yo me encargo del resto. ¡Vamos, muchacha!

FELISA.— *(Lo piensa un poco, mira la casa. Señala al campo.)* Es cerca, allí, detrás de aquellos flamboyanes. Por esa veredita... dele y avance.

MARTÍN.— ¿Hay guardias allí?

FELISA.— ¡Agunbo! ¡Agunbo! *(Felisa sale. Martín suelta una carcajada y sale. La luz cruza con música sin tiempo.)*

VII

Entra Nadal, con un libro en la mano. Distraído.

NADAL.— *(Al ver a Mario. Cierra el libro con ruido.)* ¿Qué hace este hombre aquí y a estas horas?

ELENA.— Quiero que me escuches con mucha atención. ¿Tengo tu atención?

NADAL.— *(Desdeñoso.)* Sí...

ELENA.— Tengo tisis y me voy a morir. No puedo adornarlo con palabras bonitas porque es lo

que es. Y es tisis. Ya mi doctor aquí presente, lo ha certificado.

NADAL.— ¿Por qué no me lo habías dicho?

ELENA.— El Código Napoleónico del que España se ha copiado me quitará todo lo que tengo, ¿para qué prolongar tu alegría? Te informo que Mario se quedará conmigo en esta casa a cuidar de mi hasta que yo muera. Su vieja madre ha muerto, su estúpida Lolita también ha muerto, y no tiene nada más que le ate a la Capital. Y no me iré tranquilamente a la otra vida sabiendo que pude haber disfrutado un poco más de esta.

NADAL.— ¿Y cuáles son sus honorarios?

ELENA.— Abrirás un cordón de suplido de agua desde el manantial a San Juan y llevarás agua limpia a todos los hospitales. Eso a cambio de quizá meses y años de mi vida...

NADAL.— ¿Y crees que me importa tu vida?

ELENA.— Eso lo sabes tú.

NADAL.— (*Los mira en silencio y de pronto suelta una sonora carcajada.*) ¿Estás loca, mujer? ¿Así pone la tisis a las mujeres de nuestro siglo, doctor? ¿Es a esto a lo que los fornicadores llaman “romanticismo”? Ahí tiene, para que vea lo que ella lee... (*Le lanza el libro, Mario lo toma, lo mira un momento y luego lo tira lejos.*)... “La dama de las camelias”. Ella misma se ha sembrado esa basura pervertida en su cabeza.

ELENA.— He pensado mucho en divorciarnos.

NADAL.— No puedes.

ELENA.— El Código Español permite el divorcio por varias causales que nos aplican. El adulterio es una.

NADAL.— Pero no me aplican a mí ni a Dios.

ELENA.— Puedo pagar los mejores abogados.

NADAL.— Entonces... él ha vuelto a robarse mi agua.

ELENA.— ¡Nuestra agua!

NADAL.— (*Iracundo.*) ¡Tuyo no hay nada ya en esta hacienda! ¡Mi agua!, imía!, de la que ya le dije señor, que ni usted, ni los negros ni las suripantas que se estén muriendo en el hospital del Teatro, se llevarán de mi ni el aire que yo exhalo.

MARIO.— Si Elena no recibe tratamiento, se morirá en pocos meses.

ELENA.— Dile también que, si no se inicia ese cordón de suplido, te irás para siempre y mi vida no te importará absolutamente nada.

MARIO.— Ténlo por seguro.

ELENA.— (*Medio verdad y medio el juego cómplice.*) ¿Te irías...

NADAL.— (*A Mario.*) Estuve dialogando con Dios sobre... las infidelidades de Elena. Nos dio mucha vergüenza a ambos, pero en estas cosas hay que salvaguardar el cristiano honor.

MARIO.— Espero que no vaya a retarme a un ridículo duelo, por favor. Hay gente que se está

muriendo esperando por esa agua. Dejémonos de pequeñeces

NADAL.— ¿Pequeñeces?

ELENA.— ¡Dale su maldita agua y deja ya de joder! *(Nadal la abofetea con tanta rudeza que Elena cae en la silla; Mario va a intervenir.)*

NADAL.— ¡Caballero! ¡Es la segunda vez que trata de intervenir cuando yo estoy corrigiendo a mi mujer! En mi casa yo soy el Rey y a esta mujerzuela le hacen falta muchos bofetones para



quitarle su puterío. *(Mario retrocede.)* ¿Pequeñeces?

Usted debe saber que Elena -al igual que la tal Margarita Gautier- adquirió esa enfermedad del Sargento de la Guarnición, un muchachón muy joven, que cargaba un ridículo bigote de punta que era más grueso que su cintura. *(Risa amarga.)* Como era celador del valle, cuando el diablo se metía en sus calzonetas, lanzaba piedritas a la ventana de Elena y usted ya sabe lo demás. El Gobernador mandó al flacucho sargento a hacer su guardia en los güanos de la Isla de la Mona y allí murió tosiendo sangre entre los murciélagos.

MARIO.— Sé lo enferma que está.

NADAL.— También estuvo con un sucio esclavo negro de mi cuadrilla. Se llamaba Simón. Y fornicaban como conejos bajo la cascada. A ella no le importaba que yo los viera. Dios ha dicho que la verdad nos hará libres... Y, pues... yo maté a Simón. Le mandé a dar 200 latigazos de verdad divina y aquel cuerpo de excremento no aguantó ni 20. *(Elena tose.)*

MARIO.— Cuando llegue a San Juan, le diré a todo el mundo que usted tiene agua para darle a toda la capital. Que usted ha aceptado generosamente abrir un cordón de suplido y en cosa de horas tendrá en su portón a 500 o 600 hombres y mujeres arrancándole su cabeza por un vaso de agua.

NADAL.— Usted me está pidiendo que yo cumpla con dos cosas -aceptar el pecado en mi propia casa y encima entregarle mi propiedad- y usted, una sola, curarla; y sabemos que no cumplirá. Tengo la divina virtud de saber cuándo un negocio me va a ir mal.

MARIO.— La decencia humana no es negocio.

NADAL.— Usted no cumplirá. Usted me cree cobarde e inseguro y quien sabe si hasta culposos en el asunto vulgar de estos cuernos - lo de culposos lo digo por los dos, ¿eh? - No crea usted

que no sé cómo se siente.

MARIO.— Usted no sabe nada de mí.

NADAL.— Ya le probé que sí. Y también sé todo lo que sucedió en las dos semanas que usted pasó aquí cuidando de Elena. Conté todas las veces que tuvieron sexo. Y hasta anoté al margen de mi Biblia algunas de sus frases frenéticas. ¿Quiere que se las lea?

MARIO.— Elena está enferma.

NADAL.— Sí, ya lo sé. Tan enferma está que no ha dicho ni ‘esta boca es mía’. Claro que no, si tiene la boca llena de sangre. Límpiame un poco, querida. *(Ella lo hace. Tose.)*

ELENA.— ¡Cuanto quisiera verte muerto!

NADAL.— Insisto. El culpable es usted. Usted fue quien la puso así con su satánico “romanticismo”. Usted la sedujo, la engañó, le dio esperanzas... ¡Cuán vulnerable es una mujer que tiene esperanzas!

MARIO.— ¡No soy culpable de nada!

NADAL.— ¡Sí, lo es! ¡14 veces fornicaron en esas dos semanas que pasó usted aquí! ¡14 veces, como las 14 estaciones del Vía Crucis de Nuestro Señor Jesucristo, padre de las Misericordias!

MARIO.— Lo que usted está haciendo no es de hombres.

NADAL.— Y mi divino Dios me grita: ¿qué carajos estoy esperando para gritarle a mis negros que lo linchen a usted en el patio y lo desaparezcan en cualquier cunetón?

MARIO.— ¿Qué quiere usted de mí? *(Nadal saca su revólver y le apunta.)* Usted no tiene la hombría para hacer eso.

NADAL.— La hombría tal vez no, pero me sobra la indiferencia y me sobra el dinero, y tengo de mi lado la gracia de Dios y del Gobernador para hacer lo que quiera en defensa de mi hacienda y de mi honor. Vamos, camine...

MARIO.— ¿A dónde me lleva?

ELENA.— *(Lo trata de detener desesperada.)* Nadal, ¡ya basta, déjalo ir! Pídele que se vaya y se irá. Pero baja esa arma. Nadal, detén esa locura, ... mira que puede ser...

NADAL.— ¡Déjame, hija de Belcebú! Fornicadora, adúltera, promiscua...

ELENA.— ¿Y de dónde te salen ahora esos celos?

NADAL.— Es la ira, la vergüenza y el asco de haberme casado contigo ¡y de haberte poseído delante de Dios! Suéltame. *(A Mario.)* Camine....

VIII

Felisa cruza la escena mirando al trío que se acerca. Sale presurosa. El trío entra al patio...

NADAL.— Miren esa Luna. ¡El ojo celestial que vigila el sueño de los ángeles! *(Al notar la ausencia*

de Martín.) ¿Y dónde está su esclavo?

MARIO.— Yo no tengo esclavos.

NADAL.— El negro gordo y canoso que anduvo con usted hace unos días. ¿No vino con usted?

MARIO.— No sé de quién me habla.

ELENA.— Nadal, por favor, suelta ese revólver.



MARIO.— Si ese revólver se dispara, esta pelea de cuernos terminará siendo más importante que los cientos de muertos de San Juan.

NADAL.— Así es nuestro país. Locas prioridades.

MARIO.— ¿Y dónde están sus negros?

NADAL.— Nos miran. Esperan por mi orden.

MARIO.— No veo negros por ninguna parte.

NADAL.— En su conciencia hay millones.

MARIO.— Voy a montarme en mi caballo y voy a buscar el agua. Si usted quiere disparar, este es el momento.

NADAL.— (*En ira cobarde.*) ¡¿Es que usted no respeta nada?! ¿Es que usted se cree mejor que cualquiera, mejor que yo acaso?

MARIO.— (*Amenazante y dispuesto a todo.*) ¡Ya me harté de usted! Vamos, dispare de una vez. A ver si ese disparo le quita su maldito dolor de cuernos.

NADAL.— (*Apuntándole severamente con el revólver.*) No me toque, fornicador, ladrón... No me toque o soy capaz de....

MARIO.— ¡Pues sea capaz! ¡Vamos! ¿Dónde están sus negros que no vienen a matarme? ¿Dónde

están esos temibles negros asesinos? ¡Dónde, carajo, dónde!

ELENA.— (*En un grito ansioso.*) ¡No hay negros, no hay guardias... no hay esclavos!

NADAL.— ¡Imbécil! No le crea, una sola orden mía y...

ELENA.— (*Tose.*) Nadal los martirizaba tanto que se fugaron. Él los obligó a matar a Simón y ellos...

NADAL.— Hasta muriéndote eres una farsante.

ELENA.— Se quedó Felisa porque fui yo quien la compró. Y sé de sobra como la martirizas a ella también.

NADAL.— Hago lo que me place a mí y a mi Dios.

ELENA.— (*A Mario.*) Estamos solos, Mario. Solos.

NADAL.— ¡No se me acerque! (*El revólver tiembla.*)

MARIO.— Usted no va a disparar.

NADAL.— ¡No lo dude!

ELENA.— Nadal, ¡evita una desgracia! (*Tose con fuerza.*)

NADAL.— Aquí la única desgracia eres tú.

ELENA.— Di lo que quieras, pero detén esta locura...

NADAL.— Dios está cobrándose con estas plagas.

MARIO.— Y Dios dijo “no matarás”. Voy a buscar el agua.

NADAL.— ¡Mi fe es más poderosa que su ciencia!

ELENA.— (*En un grito.*) ¡Estamos solos, Mario! ¡Solos! (*Tose mucho más.*)

MARIO.— (*Hastiado ya.*) Estamos solos entonces... ¿ah? Pues si tan solo me deja la vida, ¡qué me va a importar morir! (*Cuando va a golpear a Nadal, éste levanta su revólver y va a halar el gatillo cuando se escucha un disparo de otro revólver. Se ilumina a Martín que ha disparado sobre Nadal. Cerca, Felisa. Nadal cae al suelo lentamente. Elena espantada, se abraza a Mario.*)

MARTÍN.— (*En amargura hiriente.*) ¿Cuántas veces más me tocará, doctó, dar mi vida por la suya? Me imagino que esta será la última porque esto me llevó al Presidio hoy mismito.

MARIO.— ¿Llenaste los barriles y latones? ¿Llenaste la carreta?

MARTÍN.— A tope. Vaya usted ahora y llévela al Hospital y a su colega Felipe, y después a mi hijo y su buela, que la están esperando. Yo me quedo aquí esperando a la guardia. Deben haber oído el disparo y no tardarán. (*Se miran.*) Váyase ahora. ¿Por qué me mira así? Estoy haciendo lo que me toca. Aunque yo crea que mi vida importa, sigo siendo un viejo negro esclavo que hoy entregó la vida pa’ salvar la suya.

MARIO.— Móntate en la carreta y vete de aquí. Ahora. Aprovecha la luz de este amanecer. No

lo pienses ni lo discutas.

MARTÍN.— ¿Usted está loco? Fui yo el que dispa...

MARIO.— Te debo la vida... y con mi vida te la pago.

MARTÍN.— Doctó... mire...

MARIO.— Llega a San Juan, busca a Felipe en el Hospital del Teatro. Que organice la más grande línea de carretas que hayamos visto jamás. Dile a todos que, en la Hacienda del Piñal, hay agua limpia. Fresca, pura. Que hagan una línea de suplido que no se agote nunca. Que nadie beba agua de los pozos de la Isleta hasta que estos no se curen. Aquí hay agua para salvar a toda la Isla. ¿Entiendes lo que te digo, Martín?

MARTÍN.— Sí, Doctó.

MARIO.— Yo voy a estar aquí esperándote. Quiero ver esa maravillosa línea de suplido, haciendo fila para llegar hasta acá. Y hazlo lo más rápido que puedas. Felisa se encargará de los limones. Esa será nuestra revolución. Ahora ¡Vete! (*Martín titubea.*) ¡Avanza! Mientras más tardes, más gente morirá. ¡Vete!

MARTÍN.— Sí, doctó... pues, adiós. Ya mismo regreso. (*A Felisa.*) Niña... (*Felisa se acerca algunos pasos.*)

FELISA.— Ama, deme la libertad.

ELENA.— ¿Y quién me cuidará tan bien como lo haces tú?

FELISA.— Yo soy joven, todavía puedo vivir mucho...

MARIO.— Eres libre, muchacha.

ELENA.— No. No me dejes, mi niña... (*Tose.*)

FELISA.— Gracias, doctó...

MARIO.— Es a mí a quien tocó ser esclavo bajo tu yugo. Pues venga. Hasta que te mueras, entonces. (*Elena se levanta estoica. Hace una seña y Felisa y Martín salen de prisa.*)

ELENA.— ¿Qué le dirás a la Guardia?

MARIO.— Tienes dinero. Compraremos la justicia. (*Pausa. Camina con Elena.*) Ahora sí estamos muy solos. Como si estuviéramos muertos...

ELENA.— ¿De veras me cuidarás tú?

MARIO.— Vamos a morir de todas formas, por culpa de un gachupín cuyo bigote era más grueso que su cintura... (*Ríen. Elena tose. Luego se silencian solemnes.*) Yo voy a morir en un año o dos, quizá más si me cuido. Pero tú morirás primero porque estás muy mal y no vas a curarte por más que quieras vivir; dos, tres meses y ya. Se acabó. Será doloroso, pero justo. Las plagas nos enfermaron, sí... pero las plagas que llevamos por dentro, las plagas de nuestro corazón



perverso... esas nos asesinaron.

ELENA.— Yo me siento más pura que nunca.

MARIO.— No más Mario, no más Elena. “No más... nosotros”.

ELENA.— “No más nosotros”... no hay enfermedad más horrible que esa.

MARIO.— Pero imagina esa línea de carretas. Miles de personas salvando sus vidas porque tú y tu marido dejaron de pensar en sí mismos.

ELENA.— Yo solo pensaba en ti.

MARIO.— *(Sonríe triste.)* Y yo solo pienso en mi Lolita. Bendita niña de mi corazón. Todo ha sido mi culpa. *(La lágrima de hombre se asoma incontinente.)* ¡Lolita de mi alma! ¡Perdóname!

ELENA.— Te perdono, yo te perdono. *(Se abraza a él con más fuerza mientras sigue repitiéndolo bajito.)* Te amo. Te amo. *(Lo abraza fuerte.)*

MARIO.— Yo no te amo. *(Pausa.)* Pero está bien que tú lo hagas si con eso sientes que te sanas.

ELENA.— Te perdono... amor mío.

MARIO.— *(Pausa. Se separa de ella con alguna rudeza contenida. Luego de dar unos pasos se detiene y dice con los ojos cerrados.)* Oigo crujir la culpa en los abismos de mi alma.

ELENA.— *(Bajito, llorosa, desesperada.)* Mario, yo te perdono. ¡Yo te perdono!

MARIO.— *(Llega junto al cadáver de Nadal y toma la pistola que cayó junto a él. La mira intensamente.)* Dime culpa, ¿cuánto más te debo que no quede saldo con mi muerte? *(Luego de una indecisión terrible. La guarda en el cinto. Al vacío de la mañana.)* Por mi culpa, por mi culpa..... *(Comienza caminar muy despacio, seguido de Elena),* ¡por mi grandísima culpa! *(La música melancólica lentamente desvanece todo...)*

VALHALLA, San Juan,

Isla de Puerto Rico.

13 de septiembre de 2020-13 de octubre de 2022.

Años de la Pandemia.

ROBERTO RAMOS-PEREÁ

(Foto © Juanky Álvarez.)



Nació en Mayagüez, Puerto Rico, el 13 de agosto de 1959. Dramaturgo, guionista, director de escena, historiador y sociólogo del teatro y el cine puertorriqueño.

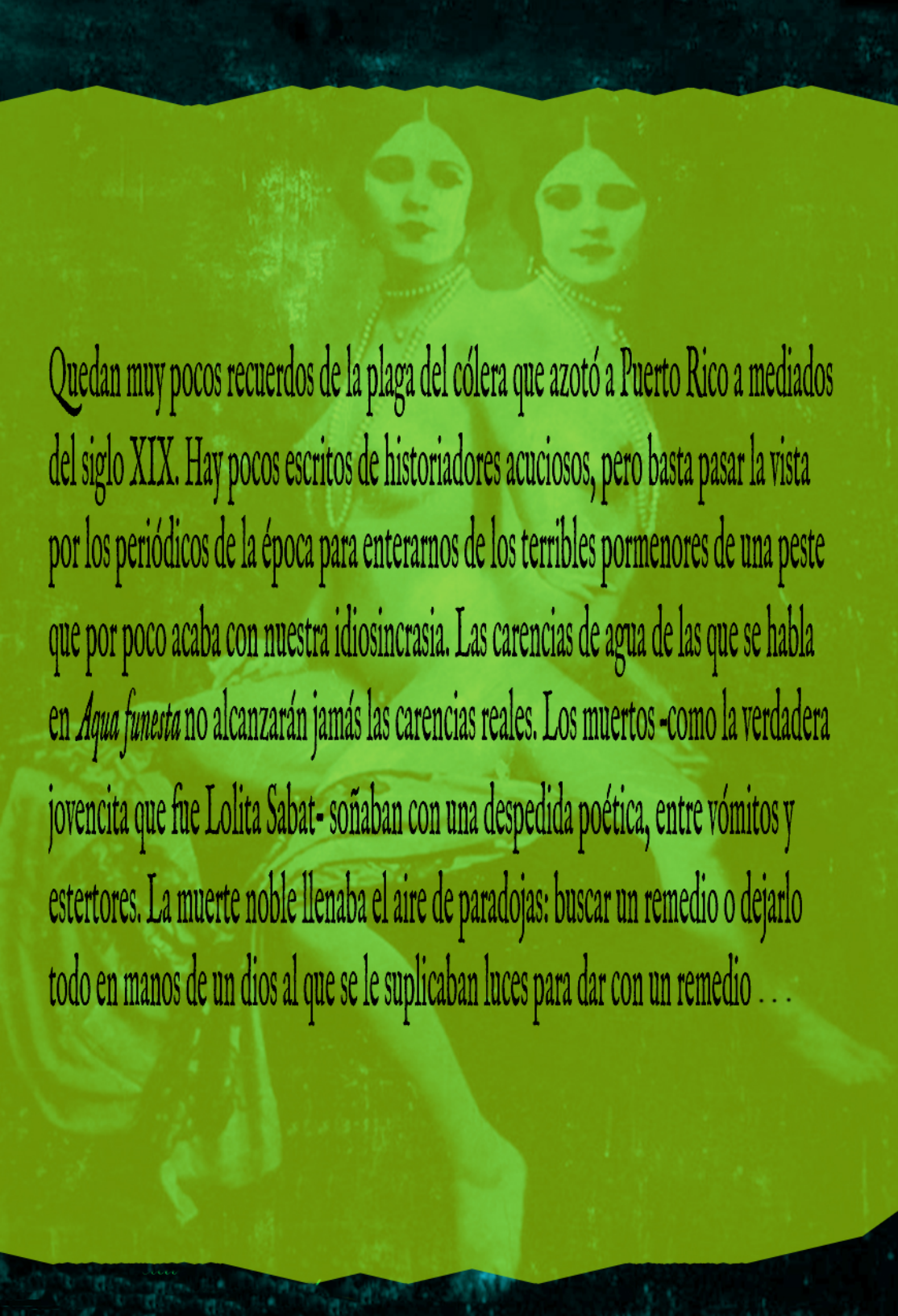
Cursó estudios superiores de Dramaturgia y Actuación en el Instituto Nacional de Bellas Artes de México, D.F. y prosiguió esos estudios en la Universidad de Puerto Rico. Es Presidente y del Instituto Alejandro Tapia y Rivera y Director Artístico de su Compañía Nacional de Teatro.

Fue periodista en los diarios *El Reportero*, *El Vocero*, *El Mundo*, *Puerto Rico Ilustrado* y la *Revista VEA*. Ha estrenado y publicado más de cien obras teatrales en Puerto Rico, Japón, Estados Unidos, España, la República Checa, Polonia, Brasil, Cuba, Venezuela, Argentina, México, Chile, República Dominicana y sus obras han sido traducidas a más de siete idiomas. Ha sido premiado por instituciones nacionales e internacionales como el Ayuntamiento de Sevilla, Casa de las Américas de Cuba, el PEN Club de Puerto Rico, la Fundación Ricardo Alegría, la Medalla Víctor Hugo, la Asociación de Directores de Escena de Japón, el Instituto de Literatura Puertorriqueña y el Ateneo Puertorriqueño.

En diciembre de 1992, el Instituto de Cooperación Iberoamericana de Madrid, España le otorgó el Premio Tirso de Molina a su obra *Miénteme más*. El Premio Tirso de Molina es el más alto premio que se le ofrece a un dramaturgo de habla hispana en el mundo. La obra se estrenó y se publicó en España. En ese mismo certamen, su obra *Morir de Noche*, quedó entre las seis finalistas escogidas para el premio.

Ha dirigido y escrito las películas puertorriqueñas *Callando amores* (1996), *Revolución en el Infierno* (2004), *Después de la Muerte* (2005), *Iraq en mi* (2007), *La llamada* (2015), *Bienvenido Don Goyito* (2017) y *Vejigantes* (2021) así como el largometraje documental *Tapia: el primer puertorriqueño* (2009).

Trabaja en el *DICCIONARIO DE LA LITERATURA DRAMÁTICA PUERTORRIQUEÑA DEL SIGLO XIX*, el *DICCIONARIO DEL CINE PUERTORRIQUEÑO* y los estudios casuísticos *Historia de la Censura Teatral en Puerto Rico*. Ha publicado, además, como historiador teatral, *Historia de la Nueva Dramaturgia Puertorriqueña*; *Obras Encontradas de Celedonio Luis Nebot de Padilla*; *Obras Completas de Manuel María Sama*, *Literatura Puertorriqueña Negra del siglo XIX escrita por negros*, el tratado biográfico *Tapia: el primer puertorriqueño*, y en preparación los libros *Historia de la intelligentsia puertorriqueña negra*, *Clara Lair: la amante del Gobernador y Baldorioty*.



Quedan muy pocos recuerdos de la plaga del cólera que azotó a Puerto Rico a mediados del siglo XIX. Hay pocos escritos de historiadores acuciosos, pero basta pasar la vista por los periódicos de la época para enterarnos de los terribles pormenores de una peste que por poco acaba con nuestra idiosincrasia. Las carencias de agua de las que se habla en *Aqua funesta* no alcanzarán jamás las carencias reales. Los muertos -como la verdadera jovencita que fue Lolita Sabat- soñaban con una despedida poética, entre vómitos y estertores. La muerte noble llenaba el aire de paradojas: buscar un remedio o dejarlo todo en manos de un dios al que se le suplicaban luces para dar con un remedio . . .